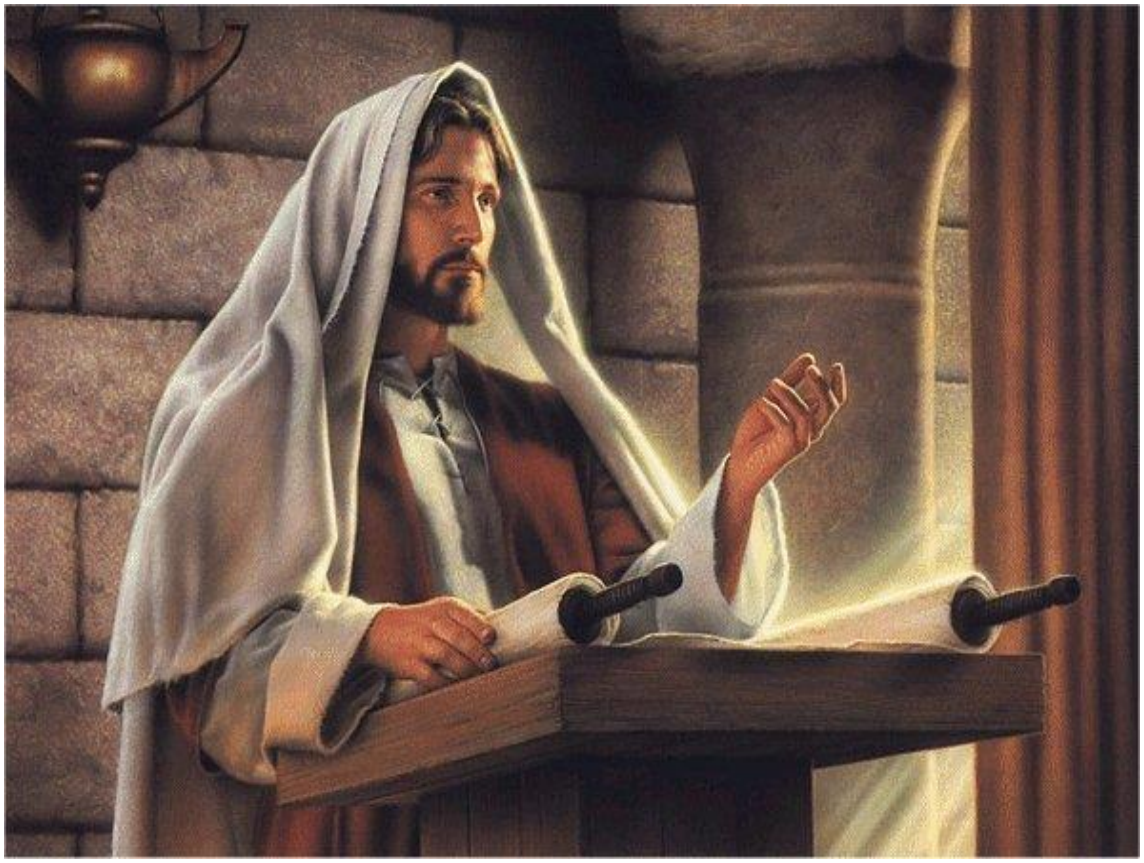
ILUMINAR LA FE
DESDE EL EVANGELIO



REFLEXIÓN DIARIA A PIE DE EVANGELIO

Juan Manuel del Río Lerga
Redentorista

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo,
su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido
por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día
resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios,
Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir
a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.
Amén.

INTRODUCCIÓN

Nunca jamás ha habido otro mejor catequista que *Jesucristo*. Conocido por este nombre, también por el de *Cristo*, o *Jesús*, este último será el que se use preferentemente en este libro; se trata, en definitiva, de la misma persona: *El Hijo único de Dios*.

Dios y Hombre verdadero, nacido de la estirpe de David en cuanto hombre, *Jesús* se encarnó para redimir a la humanidad e implantar el Reinado de Dios en el mundo. Vivió en la Palestina de su tiempo, desde donde lanzó al mundo el maravilloso mensaje de salvación: la Buena Nueva, o Evangelio. En su predicación utilizó un lenguaje sencillo, directo, inteligible para todos, en la forma literaria de una preciosa catequesis.

Este libro trata de *iluminar nuestra fe desde la luz del Evangelio*. Para lo cual, me he servido de la versión del Evangelio ofrecida por san Lucas, con el deseo de confrontar, afianzar y robustecer nuestra fe con el mensaje y vida del mismo Jesús.

Ojalá que estas *reflexiones*, a modo de catequesis sencillas centradas en los diversos pasajes del Evangelio, sirvan para conformar nuestra fe y nuestra vida toda, al estilo y vida del Hijo de Dios.

INDICE

Pág.

1ª parte
JESÚS COMENZÓ EN GALILEA

Capítulo 1: **JESÚS SE ESTRENA EN LA SINAGOGA** 7
1/1- Aclamado en la sinagoga de Nazaret 7
1/2- Alboroto en la misma sinagoga 9
1/3- Echad las redes para pescar 11

Capítulo 2: **EL LAGO COMO PARANINFO DE SU ACTUACIÓN** 13
2/1- Bienaventurados vosotros 13
2/2- Gratuidad y Amor a los enemigos 15
2/3- Discernimiento cristiano 17

Capítulo 3: **UNIVERSALIDAD DEL CRISTIANISMO** 19
3/1- La fe del centurión 19
3/2- La viuda de Naín 21
3/3- Amor que vence al pecado 23
3/4- Enviados a la Misión 25

2ª parte
JESÚS FINALIZÓ EN JERUSALÉN

Capítulo 1: **EXIGENCIAS PARA SEGUIR A CRISTO** 28
1/1- El camino hacia la cruz 28
1/2 -El camino del cielo 31
1/3- La puerta estrecha 33
1/4- Acción y contemplación 35
1/5- Espíritu de humildad 37
1/6- Los verdaderos bienes 39

Capítulo 2: **DIMENSIÓN GLOBAL DE LA FE** 42
2/1- Vigilancia 42
2/2- Fe y misericordia van unidas 45
2/3- La fe allana los obstáculos 48
2/4- Humildad y gratuidad 50
2/5- Oración y fe 52

Capítulo 3: **DIOS QUIERE NUESTRA SALVACIÓN** 54
3/1- Nadie debe perderse 54
3/2- La meta es la eternidad 57
3/3- El bueno y el malo 59
3/4- A Dios lo que es de Dios 62
3/5- Dios es Dios de vivos 65

Capítulo 4: **JESÚS EXIGE COHERENCIA** 68
4/1- Administradores del Señor 68
4/2- Dar testimonio 71
4/3- Al amanecer del domingo 74
4/4- Portadores del mensaje 76

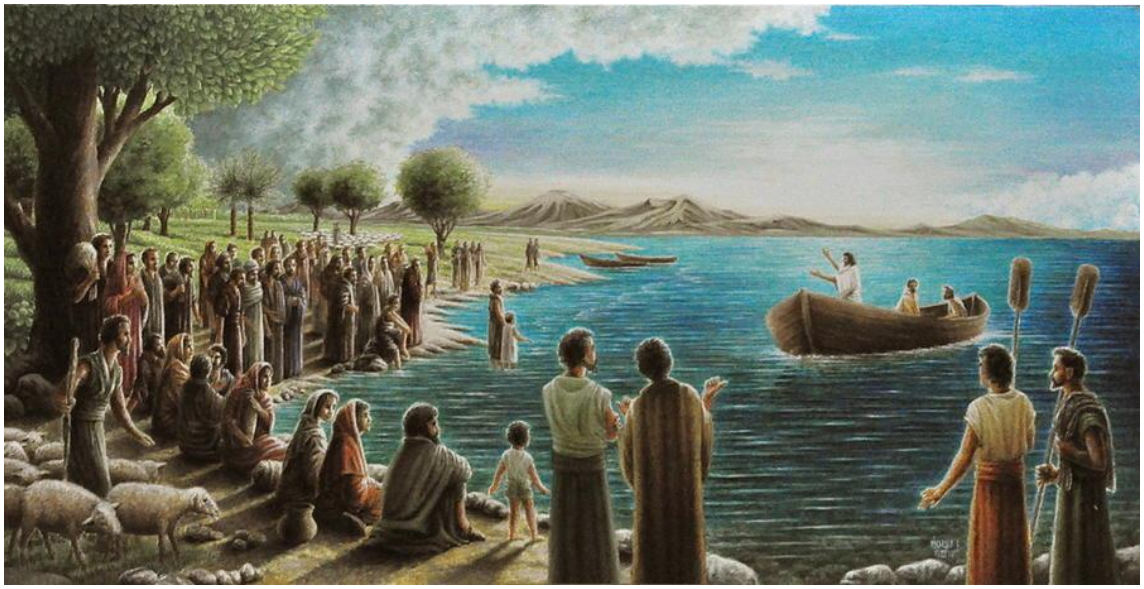
3ª parte

JESÚS NOS ESPERA EN EL CIELO

Capítulo 1: **BANQUETE DE VIDA ETERNA** 79
1/1- Cena de fraternidad 79
1/2- Perder es ganar 82
1/3- El triunfo definitivo 85

1ª Parte

JESÚS COMENZÓ EN GALILEA



Jesús predicando desde la barca en el Lago de Genesaret

Capítulo 1

JESÚS SE ESTRENA EN LA SINAGOGA

1/1- Aclamado en la sinagoga de Nazaret

Pasaje bíblico

Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».

(Lc 4, 14-21)

Reflexión

Jesús, ungido por el Espíritu Santo, se sabe enviado para anunciar la Buena Nueva, es decir, el Evangelio, a todas las gentes. Sin diferencia de razas, creencias, o religiones. Su mensaje es mensaje de Esperanza: llevar a los oprimidos, a quienes sufren, consuelo y seguridad. Que nos demos cuenta de que después de la tempestad viene la calma, después de la noche llega el día. Y después de la esclavitud la libertad. En definitiva, que estamos llamados disfrutar de una vida digna.

Siendo Jesús el Verbo, es decir, la Palabra de Dios, viene a hablarnos de Dios, y nos lo muestra como Padre. Un Padre que nos ama a todos. Jesús quiere que lo conozcamos, pues nuestro Padre, y que tengamos de él una idea cabal. Quiere también que conozcamos todo aquello que nos habla de Dios, que nos lleva a Dios, como es la hermosa Creación que proclama la gloria de Dios, de la que somos parte. Todo cuanto nos rodea nos habla de Dios, por consiguiente, todo es Palabra de Dios. Pero, en primer lugar, Jesús es la

Palabra de Dios, y con Jesús, nosotros. Por consiguiente, no podemos ser gente muda. Necesitamos hablar de Dios y proclamarlo a los cuatro vientos.

Podemos preguntarnos: Y, ¿dónde y cómo lo damos a conocer? Pues, sobre todo en la comunidad humana, globalmente, y, de modo más práctico, en la comunidad más inmediata de la que formamos parte.

El modelo siempre es Cristo: *"El espíritu del Señor me ha ungido y me envía..."*: a proclamar la Buena Nueva, a liberar a quienes están esclavizados por el pecado. A quienes carecen de esperanza, en fin, a ser motivo de esperanza y alegría.

Si todas las cosas, como decimos, nos hablan de Dios, y, consecuentemente, podemos decir por lo mismo que también son Palabra de Dios, hay algo que lo es de modo muy particular: la Biblia. El Pueblo de Dios, del Antiguo Testamento, se sirvió de ella para estar todos unidos bajo el mismo Dios, y poder así reconstruir el país, cuando volvieran del exilio.

De ahí que Cristo iniciara su misión en la sinagoga valiéndose de la Palabra de Dios escrita. Fue su debut como comienzo de su Misión mesiánica, al presentar, de una vez por todas, su programa evangelizador. Y, a fe que, fue un buen debut. O eso parecía. Porque, mientras Jesús decía cosas bonitas, como que el Espíritu de Dios estaba sobre él, y sobre ellos, todo fue bien. Pero, de pronto, algo no les cuadró a sus paisanos de Nazaret. Y las cosas se torcieron. Veámoslo en la siguiente reflexión.

1/2- Alboroto en la misma sinagoga

Pasaje bíblico

Todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca. Y decían: «¿No es este el hijo de José?». Pero Jesús les dijo: «Sin duda me diréis aquel refrán: "Médico, cúrate a ti mismo", haz también aquí, en tu pueblo, lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm». Y añadió: «En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo. Puedo aseguraros que en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naamán, el sirio». Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que estaba edificado su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y seguía su camino.

(Lc 4,21-30)

Reflexión

Suele decirse que nunca llueve a gusto de todos. Jesús se dio cuenta de inmediato de que no todo eran vítores y aplausos. Entre los oyentes había también detractores. Gente pronta a hacer acepción de personas. Gente con la mente lleva de prejuicios. Lo conocían desde niño. Le conocían a él y a su familia. Sabían bien que sus padres era gente sencilla y humilde, es decir, gente común y corriente. Y surgieron las dudas, la discrepancia, y el rechazo.

Pero Jesús cogió el toro por los cuernos. Y les soltó aquello de que *ningún profeta es aceptado en su pueblo.* Y se armó la de san Quintín. Qué nos viene éste a contar. *"¿No es el hijo de José?".* Creían conocer a Jesús. En realidad, no lo conocían. Su conocimiento era superficial, lo que les impidió una adhesión verdadera a Jesús.

Buen momento este para preguntarnos sinceramente cuál es nuestro conocimiento de Jesús. Porque de ello dependerá acoger con alegría y

entusiasmo su mensaje redentor, y, sobre todo, tratar de vivirlo de verdad; o, por el contrario, rechazarlo.

La alusión a los profetas, y, sobre todo, decirles que ningún profeta es bien recibido en su patria, hizo que la asamblea saltara por los aires hecha trizas, y que terminara como el rosario de la aurora. Bien entendieron que, en este caso, Jesús era el Profeta de verdad. Y que el fracaso del profeta no se debe a su mensaje, sino a la actitud incrédula de los oyentes. No eran tontos los paisanos de Jesús. Encajaron el golpe que les lanzaba al rostro. La reacción no se hizo esperar. Fue rápida y violenta. Se levantaron como un solo hombre, y lo agarraron con la intención manifiesta de liquidarlo.

Al profeta de verdad se le rechaza por ser la conciencia crítica de un pueblo, de un sistema, o de una ideología abusiva. Habla en nombre de Dios; es, por consiguiente, Palabra de Dios. Al ser fiel a Dios, a su conciencia, y, por ende, al Pueblo verdadero, el profeta nunca es un personaje aplaudido y vitoreado por las multitudes.

1/3- Echad las redes para pescar

Pasaje bíblico

Una vez que la gente se agolpaba en torno a él para oír la palabra de Dios, estando él de pie junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores, que habían desembarcado, estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

(Lc 5,1-11)

Reflexión

Por más que la gente se empeñe, nadie puede corregir la plana a Dios. Y, así, Jesús supo abrirse paso entre sus paisanos de Nazaret, que querían lincharlo. ¡Qué pronto sale a la palestra el instinto zanático (de muerte) cuando vemos que alguien no comulga con nuestras ideas!

Pero al mensaje salvador de Cristo nadie puede hacerle frente. Dejó a sus detractores paisanos con un palmo de narices y se marchó tranquilamente a otro lugar, para seguir proclamando la Buena Nueva del Evangelio. Era su Misión.

Este lugar al que se dirige es el emblemático lago de Genesaret. Lugar idílico que acoge a cuantos quieran escuchar su mensaje. Bien podríamos apodarlo como el Paraninfo de la Libertad.

Es ahí donde comienza a llamar personalmente, para la misión que el Padre Dios le ha encomendado, a sus primeros discípulos. Hombres comunes y corrientes en el sentir de la sociedad. Con ellos formará los cimientos de la Iglesia. Apóstoles, o enviados, para llevar al mundo la Buena Nueva. Y bien, tomando como púlpito, o cátedra, la barca de Simón, al que más tarde le impondrá el sobrenombre de Pedro, desde ella Jesús habla a las gentes que se han reunido para escucharle. Le escuchan con admiración y entusiasmo. A continuación, terminada la charla, invita a los discípulos que salgan a pescar. Hay que currar. No hay más remedio. Es su trabajo diario, de eso viven. Y ese día no les había ido muy bien que digamos. No tuvieron suerte. Además, estaban cansados. Pero Jesús insiste. Quizá por no desairarlo le hacen caso. Se fían de la palabra de Jesús. Resultado, una pesca superabundante.

Los ojos de Pedro no dan crédito a lo que están viendo. Y una reacción que le nace de lo más hondo del corazón: *"Señor, apártate de mí, que soy un pecador"*. Se siente indigno de seguir a Jesús. Pero Jesús le confirma: *"Desde ahora serás pescador de hombres".*

A partir de ese momento, tanto Pedro como sus demás compañeros, *"dejándolo todo, lo siguieron".* Y con él siguen.

Capítulo 2

EL LAGO COMO PARANINFO DE SU ACTUACIÓN

2/1- Bienaventurados vosotros

Pasaje bíblico

Después de bajar con ellos, se paró en una llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. Venían a oírlo y a que los curara de sus enfermedades; los atormentados por espíritus inmundos quedaban curados, y toda la gente trataba de tocarlo, porque salía de él una fuerza que los curaba a todos. Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les decía: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

(Lc 6, 17-23)

Reflexión

Constata el Evangelio que Jesús se había retirado a un monte, a orar. Allí *"pasó toda la noche en oración"*. Y que, a continuación, cuando se hizo de día, reunió a sus discípulos y eligió de entre ellos a doce, a los que les dio el nombre de *Apóstoles*.

Luego, al bajar del monte encontró a más discípulos, y, sobre todo, una gran muchedumbre, *"venidos de Judea, de Jerusalén, y de la región costera de Tiro y Sidón"*. Esto indica que la fama de Jesús se había extendido por todas partes. Esperan con ansia a Jesús. Muchos eran enfermos y lo esperan, como es natural, para ser curados. Lo mismo de enfermedades físicas que mentales, que de todo había.

Nada hay que más rompa la felicidad personal que la enfermedad. Se podrá abundar en bienes materiales, en fama, en poder, etc., pero si se padece una enfermedad seria no se es feliz. No hemos nacido para acumular bienes, sino para ser felices, por más que a veces lo olvidemos.

Pues bien, Jesús quiere, expresamente, que la gente sea feliz. Para eso, y por extraño que pueda parecernos, comienza por declarar felices a los pobres. Alguien podrá argüir: Eso es una contradicción. ¿Qué felicidad puede tener un pobre…? El mismo Jesús nos abre los ojos. El pobre es feliz no por el hecho de carecer de bienes materiales, sino por haber puesto su corazón en Dios; por haber hecho de Dios su verdadera riqueza; su verdadero centro existencial. Lo demás, se nos da por añadidura.

Los discípulos habían dejado prácticamente todo, por y para seguir Jesús. No pusieron su seguridad vital en los bienes materiales. Y de pronto, se encontraron inmersos en el Reino de Dios. Gran diferencia. El mundo llama felices a los que tienen dinero, poder. Pero Jesús nos descubre dónde está la verdadera felicidad. Lo dijo claramente en la sinagoga de Nazaret al comenzar su actividad misionera: fue enviado por el Padre para liberar a los oprimidos, para romper toda esclavitud. Donde hay egoísmo, injusticia, dinero mal habido, no puede haber felicidad, porque ahí no cabe el Reino de Dios.

2/2- Gratuidad y Amor a los enemigos

Pasaje bíblico

A vosotros los que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien solo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo. Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».

(Lc 6,27-38)

Reflexión

Una de las peores esclavitudes que los humanos padecemos proviene de nuestros propios instintos. Por ejemplo, el odio. Estamos siempre prontos a vengarnos de quien nos ha hecho un mal, sea real o imaginario. Como si con vengarnos todo quedara arreglado.

Jesús nos dice, por el contrario, no sólo que no odiemos a nuestros enemigos, sino que, y esto es una vuelta completa de tuerca, que los amemos. Proclama un *principio inaudito y revolucionario*: *Amar a los enemigos.* Dice Jesús: *"Amad a los enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen y rezad por los que os calumnian..."*. Es la consecuencia y aplicación de las bienaventuranzas. Quiere que seamos felices. Pues ahí tenemos la fórmula. *Amar*. También a los enemigos.

A *todos* nos gusta que nos traten bien. Pues bien, seamos lógicos. Los demás, también son *todos*. Es en este momento cuando nos recuerda la conocida, y llamada *"Regla de Oro": "Tratad a los demás como queréis que ellos os traten"*. Pero, además, nos ayuda a entrar en razón, cuestionándonos: *"Si amáis... Si hacéis el bien... Si prestáis ayuda... solo a quien os lo hacen... ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen..."*. Para concluir en un inapelable: *"Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada, la medida que uséis la usarán con vosotros..."*. Y para concluir, nos señala el punto a donde nos lleva todo esto: *"Así seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos..."*.

Efectivamente, si nos detuviéramos a pensar que Dios no hace acepción de personas, que ama a todos por igual, a buenos y malos, a buen seguro que estaríamos pensando en venganzas, o cosa parecida.

2/3- Discernimiento cristiano

Pasaje bíblico

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús respondió: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera». Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: "Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córtala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?". Pero el viñador respondió: "Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar"».

Reflexión

Dos acontecimientos, de índole dramática, acontecieron en tiempos de Jesús. De un lado, la matanza de judíos que realizó Pilatos. Según el historiador Flavio Josefo, Pilato tuvo un mal comienzo en lo que respecta a las relaciones con los judíos. Una noche envió a Jerusalén soldados romanos que llevaban estandartes militares con imágenes del emperador. La situación se complicó porque las insignias romanas fueron colocadas en la *Torre Antonia* cuartel general de las cohortes romanas, es decir, justo frente a uno de los ángulos del complejo magnífico del Templo. Los judíos creyeron que los romanos quemaban incienso frente a las imágenes de Tiberio y Augusto. Para los judíos era una afrenta al templo. Este suceso resultaba una gran afrenta, no solamente al templo, también al pueblo judío. El resentimiento en los judíos fue notorio, debido a que se vulneraba así la prohibición de la *Torá*. Para los judíos, hay un solo Dios. Dios es Dios. Y punto. Naturalmente, la protesta fue inmediata. Una delegación importante de entre los judíos, representantes del Sanedrín, viajó a Cesarea para protestar por la presencia de las insignias romanas en un lugar tan inadecuado, como es el templo, exigiendo que las quitasen. La respuesta, político militar, liquidarlos. La fuerza es siempre el recurso débil de los políticos.

El otro episodio, de tipo natural, seguramente un terremoto, fue la caída de la torre de Siloé. Hubo 18 muertos.

Cuando acontece una desgracia, por más que se deba a causas naturales, la gente suele pensar que se trata de un castigo de Dios. Nada de eso. ¡Qué manía de achacar a Dios las desgracias naturales!

Jesús no podía estar de acuerdo con que la desgracia sea una señal de un castigo divino. Por el contrario, los signos de los tiempos, los acontecimientos naturales, son, por el contrario, una llamada a conversión. Por eso dice: *"¿Vosotros pensáis que esos galileos eran más pecadores porque acabaron así?".* Pues no. Y añade: *"Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera".* Lo cual no significa que vayan a tener otra desgracia de tipo natural, sino de lo que cada quien va a cosechar de lo que ha sembrado. Entra en acción la responsabilidad personal.

¿Qué significa esto? Significa, que rechazar la acción salvadora de Dios, que ofrece Jesús, es algo peor que un desastre. Es en ese momento, para que todos lo entiendan, cuando pone la parábola de la higuera estéril.

Jesús nos ilustra, de esta manera, la resistencia de Israel, y de nosotros, a la conversión y, en consecuencia, a la paciencia de Dios. No olvidemos que Dios siempre está dispuesto a esperar. Pero no indefinidamente: *"Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto".* Algo, pues, tendremos que poner de nuestra parte.

En definitiva, necesitamos saber discernir entre los acontecimientos naturales, y los que se derivan de nuestra propia responsabilidad.

La conversión no es un simple arrepentimiento de los pecados. Como aquel que dice: peco, voy a confesarme, y, hasta el siguiente pecado. No. La conversión es una invitación al cambio de vida, de mentalidad, de actitudes. De modo que Dios y sus valores pasen a ocupar el primer lugar.

En cuanto a la higuera de la parábola: Nos representa a todos nosotros, a nuestra familia, a la Iglesia, a la sociedad. Y, los frutos, consecuentemente son las acciones buenas, que debemos realizar. Para eso tenemos como guía el Evangelio. De tal manera que, si unos padres quieren educar cristianamente a sus hijos, deben acudir al Evangelio.

Capítulo 3

UNIVERSALIDAD DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

3/1- La fe del centurión

Pasaje bíblico

Cuando terminó de exponer todas sus enseñanzas al pueblo, entró en Cafarnaúm. Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, el centurión le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: «Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido la sinagoga». Jesús se puso en camino con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra y mi criado quedará sano. Porque también yo soy un hombre sometido a una autoridad y con soldados a mis órdenes; y le digo a uno: "Ve", y va; al otro: "Ven", y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace». Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe».

(Lc 7,1-10)

Reflexión

No soy digno. Mayor sinceridad no cabe. Realismo, humildad y humanismo se juntan en este centurión. Queda claro, por el contexto, que este soldado conocía a Jesús, o había oído hablar de él. Ve que su criado se está muriendo y, lejos de acudir a los médicos, acude a Jesús. Es una actitud de confianza, pero, sobre todo, de fe.

Otro detalle significativo del centurión: se trata de un hombre bueno. Así lo atestiguan los mismos *ancianos judíos* cuando le dicen a Jesús: *"Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido la sinagoga".* Esto indica que no todos los judíos veían con malos

ojos la presencia de los romanos entre ellos, por más que, por principio, todo pueblo conquistado por otro más poderoso sienta un primordial rechazo al conquistador. Más tarde, posiblemente, se sienta agradecido al ver que sale ganando, pues la fusión de dos pueblos engrandece a ambos.

Los judíos se engrandecieron con la cultura griega. La llegada de los romanos les hizo subir de nivel económico. Y cuando adviene el cristianismo, éste ayuda a superar las recíprocas desconfianzas existentes, ya que fue la causa de que, de pronto, se descubra que todos somos hijos del mismo Padre Dios y, así, nos veamos y amemos como hermanos.

Pero, abundando en detalles, sigamos con el Centurión. No sólo es humilde, sino que, además, se humilla, y solicita la ayuda nada menos que de los jefes de los judíos, llegando al punto de no juzgarse *digno de que Jesús entre en su casa.* De otro lado, respeta los usos y costumbres de los judíos. No le importa la diferencia de credo religioso. Supera cualquier prejuicio que pueda interponerse entre ambos. Está convencido de será suficiente una simple orden de Jesús para que su criado recobre la salud. Y así sucede.

Jesús se sorprende gratamente de la actitud del centurión. Y lo manifiesta públicamente: *"Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe".* También la fe está por encima de toda raza o credo religioso. Y, por lo mismo, Jesús no hace distinción entre judíos y gentiles. Pero sí ve, y resalta, la humildad y la fe del centurión, y actúa a control remoto, llevando la alegría por partida doble, tanto al centurión como al que es curado.

¡Qué lección más hermosa nos da este pasaje para que, de una vez por todas, quitemos todo prejuicio ante los demás! Sobran las fronteras ideológicas. En todas partes hay gente de buen corazón.

3/2- La viuda de Naín

Pasaje bíblico

Poco tiempo después iba camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: «No llores». Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!». El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios diciendo: «Un gran Profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo». Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca circundante.

(Lc 7,11-17)

Reflexión

A la pobre mujer se le juntaron dos dolores en uno: ser viuda y, para colmo, perder a su único hijo.

Debía ser una mujer muy apreciada en el pueblo, porque le acompañaba mucha gente en el entierro de su hijo. Tuvo la enorme suerte de que Jesús llegara en ese momento al cruce del camino que lleva al cementerio. Y si a nadie gusta la muerte, a Jesús menos. Todo compasión, le llegó al corazón el dolor y la soledad de la afligida madre viuda. Ni corto ni perezoso se acercó al féretro. Quizá por desacostumbrada, ante la sorpresiva escena que se produjo hizo que todos se detuvieran. Ante el silencio sepulcral que siguió, Jesús se dirigió a su madre para decirle, primero a ella: *No llores*. Y luego al hijo: *¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!*

El estupor y el miedo se apoderó del ambiente, mientras el muerto se alzaba y saltaba del féretro. Había vuelto a la vida. Fue el encuentro de quien es la Vida con quienes celebraban la muerte, para que, olvidándose de la misma, siguieran celebrando la vida.

Es como si Jesús les dijera: La muerte está vencida. Sois el símbolo de una humanidad que aún no ha encontrado al autor de la Vida. No sigáis

por el camino que lleva al cementerio. Dad la vuelta: Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida.

Cada pasaje del Evangelio está lleno de detalles. También éste: El dolor y las lágrimas de aquella madre viuda representa a la humanidad, abatida y desesperada. La muerte no tiene remedio. Pero Jesús, tras detener la marcha del cortejo fúnebre, les está diciendo: la muerte no es el final. La muerte está vencida. Mujer, es decir, Humanidad: *No llores más*.

El llanto se ha vuelto alegría. Todos glorifican al Señor: *"Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo".* Y, es que, Jesús es el Señor de la Vida.

En las ciudades, la muerte pasa casi desapercibida. En el tanatorio se da el pésame a los familiares y el último adiós al muerto, o muerta. A continuación, la incineración. No así en los pueblos donde, cada día menos, aún se sigue acompañando el féretro camino del *camposanto* donde se entierra a los muertos.

Sin embargo, cuántos grandes cortejos, llenos de lo que podríamos llamar muertos vivientes, vemos a diario. Está el gran cortejo de los desempleados, que no encuentran trabajo; de los drogadictos, auténticos conejillos de indias, víctimas de los prepotentes y grandes ricachones traficantes de la droga; de los analfabetos, por causa de recursos para poder estudiar; de los sin-techo, abocados a una pobreza inmisericorde; de los inmigrantes, muchos de ellos engañados por los traficantes de personas. Y así, un largo etcétera.

Es necesario formar también otro cortejo: el de la Vida, es decir, de los seguidores de Cristo.

3/3- Amor que vence al pecado

Pasaje bíblico

Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora». Jesús respondió y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él contestó: «Dímelo, Maestro». «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?». Respondió Simón y dijo: «Supongo que aquel a quien le perdonó más». Y él le dijo: «Has juzgado rectamente». Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco». Y a ella le dijo: «Han quedado perdonados tus pecados».

(Lc 7,36-48)

Reflexión

Que todos somos pecadores, nadie puede ponerlo en duda. Ahora bien, ¿por qué determinadas personas están más inclinadas que otras a hacer el mal? Es un misterio. Hay personas de temple pacífico. Gente que, como suele decirse, no son capaces de matar una mosca. En cambio, hay personas de naturaleza más agresiva.

En el tema de la sexualidad ocurre algo semejante. Personas que saben guardar la castidad, y personas que son más compulsivas en este tema. ¿Cuestión hormonal? Quizá.

Si nos preguntamos por qué es tan grande la cantidad de mujeres que ejercen la prostitución, tema tan antiguo como la misma humanidad, difícilmente podremos encontrar una respuesta convincente. Está claro que no todas lo hacen por pobreza, o forzadas. Tampoco se trata degenerada. ¿Entonces? Misterio.

Pero sin entrar en divagaciones, o porqués sobre el tema, nos encontramos con este pasaje del Evangelio. Jesús ha sido invitado a comer en casa de un fariseo. Están en pleno banquete cuando, de pronto, entra una mujer que el mismo evangelio califica de pecadora, se arrodilla junto a Jesús y llorando a lágrima viva comienza a ungirle los pies con un perfume caro. La sorpresa y la expectación de los asistentes no tiene límite.

El menos escandalizado resultó ser el anfitrión, que se puso a pensar: *Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora.* De que era pecadora, todo el mundo lo sabía, y quién sabe si hasta con implicación personal. Pero Jesús aprovecha la circunstancia para ir al corazón de cada persona, y hacer ver que, sin quitar la maldad del pecado, puede haber en ese corazón más amor que pecado.

Puede que el fariseo anfitrión guardara castidad, pero Jesús le hizo ver que andaba escaso de amor. *Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho.*

Hay que preguntarse: ¿Por qué esta mujer pecadora busca a Jesús? La respuesta es clara: Porque sabía la mirada de Jesús no era lasciva. Su mirar era diferente de los que la miraban con intención de aprovecharse de su cuerpo y su belleza. La mirada de Jesús es de amor, es de perdón. Jesús no desprecia, no condena. Y ella necesita encontrar amor en el perdón de sus pecados. Cosa que sólo Jesús es capaz de hacer.

3/4- Enviados a la Misión

Pasaje bíblico

Designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: «La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa". Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan: porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa en casa. Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: "El reino de Dios ha llegado a vosotros". Pero si entráis en una ciudad y no os reciben, saliendo a sus plazas, decid: "Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros. De todos modos, sabed que el reino de Dios ha llegado".

(Lc 10,1-12)

Reflexión

Jesús va llamando a quien quiere, de entre sus seguidores, llamados también discípulos. Y de inmediato los manda a misionar, sin dilación. *¡Poneos en camino!* No hay tiempo que perder. La mies es abundante, pero falta mano de obra. En principio los manda a donde, a continuación, piensa ir él. Los envía sin más que lo puesto. Derechos a cumplir lo encomendado. Les advierte, eso sí, que la misión encomendada no va a ser fácil: *Mirad que os envío como corderos en medio de lobos.*

Los destinatarios de la Misión son todos los pueblos, sin excepción. Todos necesitan oír el mensaje de la salvación, la Buena Nueva. Porque, siendo todos hijos de Dios, hay muchos que no se han enterado. Y es urgente que se den por enterados. Que sepan y sean conscientes del amor que Dios tiene a todos.

Los envía *de dos en dos.* Se trata de una misión comunitaria. El anuncio del evangelio es tarea comunitaria. No se trata de una iniciativa personal, sino que debe realizarse en comunión con los hermanos.

Habrá que preguntarse porqué fracasan, hoy y siempre, tantos proyectos evangelizadores. ¿No será porque se trata de iniciativas privadas y, lo que es peor, personalistas? ¿No será también porque esos proyectos nada tienen que ver con la esencia misma del Evangelio? Hay inflación de palabra. Abundan las comunicaciones eclesiales. A veces farragosas. Por lo mismo, no están al alcance inteligible del pueblo. O se olvidan de que el Evangelio es diáfano, luminoso y simple. Inteligible y atractivo para todos.

La tarea del discípulo no es predicar su propio mensaje, sino preparar el camino de Jesús. Dar testimonio de Él. Es ir delante, anunciando a Jesús. La Redención no la realiza el discípulo, sino el Maestro, Cristo. Jesús, a pesar de estar en medio de los hombres, éstos no lo conocen.

Jesús advierte a los discípulos que la misión que les encomienda no es fácil de ser llevada a cabo. Por lo mismo, exige de ellos que sean hombres, o mujeres, de fe robusta. Si no, serían como una guitarra destemplada: desentona. Es también necesario que sean personas de oración, porque la oración alimenta la fe. Les advierte, así mismo, que el anuncio del Reino va a realizarse en medio de una sociedad hostil. Son enviados *como corderos en medio de lobos.*

Y, finalmente, Jesús quiere que sean desprendidos: *No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino.* El anuncio del Evangelio no es un oficio, o profesión, que produce unos réditos económicos. Tampoco es para medrar y convertirse en un personaje famoso y, así, subir en el escalafón social. Simplemente, que se contenten con la comida que buenamente les den, mientras anuncian la paz.

2ª parte

JESÚS TERMINÓ EN JERUSALÉN

Jesús instruyendo a los apóstoles

Capítulo 1

EXIGENCIAS PARA EL SEGUIMIENTO

1/1- El camino de la cruz

Pasaje bíblico

Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él. Puestos en camino, entraron en una aldea de samaritanos para hacer los preparativos. Pero no lo recibieron, porque su aspecto era el de uno que caminaba hacia Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que acabe con ellos?». Él se volvió y los regañó. Y se encaminaron hacia otra aldea. Mientras iban de camino, le dijo uno: «Te seguiré adondequiera que vayas». Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». A otro le dijo: «Sígueme». Él respondió: «Señor, déjame primero ir a enterrar a mi padre». Le contestó: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios». Otro le dijo: «Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de los de mi casa». Jesús le contestó: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios».

(Lc 9,51-62)

Reflexión

Jesús comenzó su actividad misionera, como queda dicho, en torno al emblemático Lago de Genesaret. A partir de ahí fue desplegando su campo de acción. Juan Bautista había sido su precursor, abriendo camino. Una vez que Herodes lo manda decapitar, Jesús entra de lleno de acción. Elige, de entre los muchos discípulos que le seguían, a doce. Será, en adelante, el grupo estable y definitivo.

Han pasado posiblemente tres años. Llega el momento de poner rumbo a Jerusalén. Sabe que, ir a Jerusalén es ir camino de la cruz.

Termina, podemos decir, la etapa misionera en Galilea, y comienza una nueva y definitiva etapa misionera poniendo rumbo a Jerusalén. Emprende, pues, el camino hacia Jerusalén. Todo un símbolo de la espiritualidad que se va produciendo en el grupo. Jesús se va a centrar especialmente en el grupo apostólico. Va catequizando a fondo a sus apóstoles. Los va preparando a fondo, porque ellos serán luego los encargados de llevar el mensaje del Evangelio al mundo entero. De modo que es un itinerario marcadamente espiritual que convergerá finalmente en la cruz. Tras lo cual vendrá la gran eclosión de la Resurrección, como el gran estampido de Vida. Su muerte no será, pues, el final, sino la Resurrección, que señalará para siempre el rumbo que deberá llevar la Humanidad, si quiere preciarse de tal.

Este camino de espiritualidad es al mismo tiempo camino de cruz. En el recorrido geográfico van a pasar por Samaría. Y encuentran la hostilidad de los samaritanos. Una simple aldea samaritana fue el primer obstáculo. ¿Motivo? Porque se dirigían a Jerusalén. Tal era el encono entre samaritanos y judíos. Debido sobre todo a motivos religiosos. Los samaritanos no estaban de acuerdo con el centralismo de la religión en torno al templo de Jerusalén. ¿Resultado y solución? Construyen su propio templo en Samaría.

Ante la inesperada intransigencia de los samaritanos, la reacción de Santiago y Juan fue rápida y hasta, en cierto modo, violenta: *Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?* Jesús, hombre de paz, reprende la intolerancia de estos dos apóstoles. Jesús detesta la violencia. Y si un día llegará a decir que *no ha venido a traer la paz sino la guerra,* no se trata de una guerra social, entre pueblos, sino la que cada quién debe hacerse interiormente para erradicar el pecado de su vida. No puede haber una conciencia en paz cuando se está enemistado con Dios, o con los demás; incluso consigo mismo.

Tras este incidente, sucede que varias personas han tenido la feliz ocurrencia de seguir a Jesús. Pero Jesús, que seguramente vio que en ese querer seguirle había segundas intenciones personalistas, no los admitió. A uno le quitó de golpe le ganas de seguirle: *Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.* De modo que, si pensaba arreglar su situación económica siguiendo a Jesús, ahí se le acabaron. A otros dos le dijo: *Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios.* Habían puesto condiciones al seguimiento, como era arreglar primero asuntos familiares. Jesús no quiere una entrega a medias, o condicionada.

Este episodio nos lleva a sacar una aplicación pertinente: El camino de Jesús no fue un camino de rosas. Encontró muchas dificultades y hostilidades. También sus seguidores hoy, las comunidades cristianas en general, continúan encontrando hostilidades. Pero el cristiano no está llamado para luchar contra nadie, no está llamado a usar la violencia ante las hostilidades. Tampoco la intolerancia. Ni el fanatismo. El cristianismo es la religión del Amor. *Dios es Amor.*

1/2- El camino del cielo

Pasaje bíblico

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Jesús le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo». Jesús le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: "Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva". ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

(Lc 10,25-38)

Reflexión

Jesús no hace acepción de personas. Busca la salvación de todos. Por lo mismo, le da igual que sean ricos o pobres. Alterna con todos. Si un rico le invita a comer, Jesús acepta. Si un pobre le pide que lo cura, Jesús lo cura.

Su Mensaje es universal. Va dirigido a todos. Por lo mismo, tanto se preocupa de catequizar a los apóstoles como a los fariseos. Con éstos solía tener fuertes altercados. Estaban intrigados, tanto con su persona como con su doctrina. Así que, constantemente se acercaban a él para indagar sobre el contenido de su doctrina. La táctica, casi siempre la misma: hacerle

preguntas capciosas para ver si lo agarraban en curva y tener argumentos para condenarlo.

En esta ocasión, es un maestro de la ley, es decir, un teólogo, el que le lanza la pregunta: *¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?* Y Jesús, fiel a su costumbre de hacerse entender hasta por el más cateto, emplea el lenguaje llano de las parábolas. De este modo, le entienden los listos y los tontos. Y le contesta como la parábola sumamente ilustrativa del buen samaritano.

En primer lugar, hay sin duda una marcada intencionalidad al poner como protagonista de la parábola a un samaritano, al que califica de *bueno*. Sólo este detalle, un dardo al sentimiento nacionalista de los fariseos, ya bastaba para poner en guardia al tal *maestro de la ley*, que le está preguntando. Judíos y samaritanos no se llevaban bien. Y, en segundo lugar, desarrolla toda la parábola. No tiene desperdicio. No sólo el samaritano atiende al herido, sino que se preocupa de llevarlo a la posada, hoy diríamos al hospital, donde lo puedan curar. Y la guinda del pastel: corre con todos los gastos.

A continuación, es Jesús quien pregunta al fariseo: *¿Cuál de estos tres te parece a ti que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?* Es tan fácil y evidente la respuesta que el fariseo no tiene más remedio que bajar la cabeza humildemente y responder: *El que practicó la misericordia con él.* Y Jesús, zanjando la cuestión, le dice: *Anda y haz tú lo mismo.* Podríamos aplicar el dicho popular de que el fariseo fue por lana y salió trasquilado.

Es así cómo, Jesús le enseña al maestro de la ley el camino del cielo, que pasa siempre por el prójimo. Sin amor no hay salvación. Lo que hacemos a los demás, de bien o de mal, se lo hacemos a Dios.

1/3- La puerta estrecha

Pasaje bíblico

Jesús pasaba por ciudades y aldeas enseñando y se encaminaba hacia Jerusalén. Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Él les dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: "Señor, ábrenos"; pero él os dirá: "No sé quiénes sois". Entonces comenzaréis a decir: "Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas". Pero él os dirá: "No sé de dónde sois. Alejaos de mí todos los que obráis la iniquidad". Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, pero vosotros os veáis arrojados fuera. Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos».

(Lc 13,22-30)

Reflexión

Jesús ha venido a salvarnos. Esto está muy asumido por los creyentes. De ahí que estemos acostumbrados a ver, ya sea en pequeñas o grandes cruces, esta inscripción: *Jesús salva*. Pero no debemos quedarnos con la mera inscripción. Es necesario tener bien asumido y, además, estar convencidos de que la salvación es obra exclusiva de Dios, en Cristo. No de nosotros. Porque podemos despistarnos y pensar que, como somos gente buena, hacemos cosas buenas, rezamos tanto y cuanto, iremos al cielo con zapatos y todo.

Que hay que ser buenos, está claro. Que debemos rezar, está clarísimo, que debemos hacer el bien, está super claro. Pero todo esto acontece cuando, conscientes de ser seguidores de Jesús, actuamos en consecuencia. Dios respeta nuestra libertad. Ser libre significa que podemos optar por el camino del bien, o por el camino del mal. Es evidente que, si somos seguidores de Jesús, es porque nuestra opción fundamental ha sido optar por él y seguirle. Habrá veces que no será fácil perseverar en el seguimiento. Ya nos lo advirtió el Señor, cuando nos dijo con toda claridad que para seguirle debemos *cargar con la cruz*. Y, a fe que, en la vida se presentan muchas cruces. Pero

la cruz del seguimiento, la cruz de Jesús, no es cruz de muerte, sino de salvación, de vida.

En este pasaje, Jesús nos advierte que: *La puerta estrecha*. De manera que no podemos tomar a la ligera la cuestión de la salvación, pensando que, por colgarnos al cuello unas medallas al mérito por las cuatro cosillas buenas que podamos haber hecho, ya estamos a salvo. Pues no. Una vez más, conviene repetirlo, el protagonismo de la salvación la tiene Cristo. No, si es que, *nosotros hemos comido y bebido contigo*. No cuela. El Señor les respondió, a quienes así argumentaban: *No sé de dónde sois*. Lo cual indica, bien a las claras, que de él no eran. Lo que nos hace pensar que, cuántas veces, bajo la alfombra de las buenas obras se esconden otras que de buenas no tienen nada.

No basta, pues, el privilegio de ser cristianos y pensar que, por lo mismo, tenemos garantizada la salvación. También los judíos estaban convencidos de que solo el pueblo de Israel se salvaría. A la pregunta de si *¿son pocos los que se salvan?*, Jesús no dijo sí, o, no. Pero puntualizó que *la puerta es estrecha*. Advertencia, pues, a navegantes. Eso, sí, la Salvación se ofrece a todos, independientemente de raza, de condición social, económica o religiosa. Dios ofrece gratuitamente la Salvación, pero espera nuestra respuesta, y nuestro compromiso con los valores del Evangelio.

1/4- Acción y contemplación

Pasaje bíblico

Yendo ellos de camino, entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Esta tenía una hermana llamada María, que, sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio, andaba muy afanada con los muchos servicios; hasta que, acercándose, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me eche una mano». Respondiendo, le dijo el Señor: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada».

(Lc 13,38,42)

Reflexión

En cuanto seres humanos que somos, nos sabemos compuestos de cuerpo y alma. Materia y espíritu. Nos sentimos seres vivos. Estamos llenos de dinamismo. El cuerpo nos empuja a la acción, al trabajo, y se relaciona con lo material. Por el contrario, el alma o espíritu, nos lleva al terreno de lo espiritual, donde se asienta el mundo de las ideas, de los sueños, de los grandes proyectos. De esta manera, cuerpo y alma son una conjunción perfecta, donde la inteligencia racional mueve nuestra existencial.

Por lo mismo, estamos abocados, de un lado al trabajo, a la acción. Necesitamos trabajar para poder vivir. Del otro, a la contemplación, en toda la amplia gama de posibilidades que ésta nos ofrece, comenzando por lo espiritual. El mundo de lo espiritual es lo que nos hace ser humanos. Y como tales, ser soñadores, dando paso al ejercicio de lo más noble que existe en nosotros. Por lo espiritual nos relacionamos con Dios. Pero también surge el mundo maravilloso de lo onírico, y somos entonces capaces de, lo mismo escribir un poema, que una novela, que enamorarnos y sublimar el amor hasta las más altas cotas de la más sublime contemplación. Cuerpo y alma van unidos. Materia y espíritu se unen para convertirnos en humanos.

Es precioso el pasaje bíblico que nos ocupa. Jesús va de camino. Llega a una aldea, posiblemente Betania. Más de una vez debió haber estado por estos lugares y, concretamente, en esta casa, donde viven estas dos hermanas:

Marta y María, hermanas a su vez de Lázaro. Se querían de verdad. La amistad con Jesús no sabemos cuándo y cómo surgió. La cuestión es que entre ellos había una sincera amistad.

Cuando tenemos un invitado a la mesa, procuramos quedar, ya no bien, sino muy bien, con el invitado. Marta debía conocer muy bien los gustos culinarios, los platillos favoritos de Jesús. Mujer de nervio y acción, se afana en el trabajo de la cocina. María, más tranquila y, por lo mismo, más romántica y soñadora, se sienta en la salita de estar a platicar con Jesús. En este caso, no va a ser ella la que hable. Simplemente, escucha. Está embelesada.

Qué buena pareja complementaria forman estas dos hermanas. Marta se preocupa de los trabajos para acoger bien al visitante en su casa. No todos los días se tiene la suerte de que sea Jesús quien las visite. María, al contrario, se sienta junto al Maestro y acoge la Palabra de Jesús en su corazón. Es la Palabra que mueve y empuja los corazones a ser mejores cada día. Y, sobre todo, a encontrar el sentido verdadero de la vida, donde, juntándose lo material y lo espiritual, la persona encauza su vida hasta dar con el camino seguro.

En estas dos mujeres vemos aunados los dos aspectos básicos de la vida: acción y contemplación. Dos formas sinceras de acoger. Y de amar. Ante la reclamación de Marta, Jesús afirma que la actitud de María lleva la prioridad. Es la parte contemplativa del ser humano. La escucha de la Palabra de Dios es el punto de arranque en el camino de la fe. De otro lado, la hospitalidad, es un gesto cuasi sagrado practicado desde el Antiguo Testamento. Porque no se trata simplemente de abrir la puerta de la casa, sino también la del corazón a quien ha venido a nuestro hogar.

La diferencia entre las dos hermanas, lejos de distanciarlas, las complementan. En el diálogo con Jesús, María permanece en silencio, interiorizando la Palabra de Dios. Mientras Marta acoge en su casa a un amigo muy querido, María acoge al Maestro que tiene palabras de Vida eterna.

1/5- Espíritu de humildad

Pasaje bíblico

Notando Jesús que los convidados escogían los primeros puestos, les dijo una parábola: «Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y venga el que os convidó a ti y al otro, y te diga: "Cédele el puesto a este". Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: "Amigo, sube más arriba". Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido». Y dijo al que lo había invitado: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos».

(Lc 14,7-14)

Reflexión

Existe entre los humanos una competencia, una rivalidad que, bien entendida, es buena. Hasta necesaria. Porque es el acicate para superarse. Se da en el deporte, en los estudios, en la profesión, en fin, en los diversos campos del desenvolvimiento habitual de la vida. El espíritu de superación es bueno. Siempre hay que aspirar a buscar lo mejor. Pero, por el contrario, existe también una rivalidad que es mala. Por ejemplo, cuando esta rivalidad trata de hacer de menos al contrincante, o de humillarlo, o de hundirlo. Eso se llama mezquindad, propia de gente envidiosa, egoísta, insolidaria. En este campo se mueven los que la sociedad califica como *trepas*. Personas que se buscan a sí mismas. Buscan escalar puestos a como dé lugar. Puro egoísmo. Gente que, lejos de construir, destruyen, o anulan a los demás.

Es interesante, a este respecto, el pasaje que describe el Evangelio. Jesús, una vez más, ha sido invitado a un banquete. Le llama la atención el comportamiento de ciertas personas. Entran como Pedro por su casa. Ni cortos ni perezosos, pero muy avispados, van derechos a ocupar los primeros

puestos. Un modo de darse importancia, o de creerse importantes. Mala señal cuando alguien se cree importante.

Jesús, aprovechando la escena que sus ojos contemplan, les da una lección que a nadie puede dejar indiferente: *Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú.* No se trataba en este caso de una boda, sino de un banquete de los que suelen ser habituales. Pero lo misma da.

Fue una lección de humildad, virtud que no suele abundar. Y que, Jesús vino a crear una nueva humanidad, donde el espíritu de humildad es fundamental.

Debe resultar muy desagradable que se te acerque el anfitrión y te diga: *Amigo, cédele el puesto a éste*. Con lo cual, aquel que ocupó el primer puesto y tuvo que cederlo a otro más importante debió pasar una enorme vergüenza. Mientras que, por el contrario, aquel que ocupó el último lugar y se le invitó a ocupar un puesto de preferencia, sin duda que se llevó la admiración de todos. *Todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido.*

Pero Jesús, aún fue más allá: *Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos.* Fue el gran toque de atención para suprimir la diferencia de clases, haciéndonos ver que ante Dios todos somos iguales.

Por desgracia, no sólo subsisten las diferencias de clases sociales, sino que hay quien las fomenta. Ahí están, en primera fila, los llamados trepas. Y lo más lamentable, que estas personas son auténticos depredadores. Buscan ocupar puestos, y llegan a ocuparlos, que no se merecen. No buscan servir, sino ser servidos. Esta situación es mucho más lamentable todavía cuando ocurre también en el ámbito eclesial. Cabe preguntarse: Esta gente, trátese de curas, incluso obispos, ¿tienen vocación de curas? Pero, por encima de toda esta miseria, ahí tenemos el mensaje de Jesús: *Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será enaltecido.*

Si la sociedad ve con malos ojos a la gente que se aprovecha de los demás y los explota, lo mismo ocurre en la Iglesia. La Iglesia debe ser, necesita ser, la comunidad donde se cultiven la humildad, la sencillez, el amor gratuito y desinteresado.

1/6- Los verdaderos bienes

Pasaje bíblico

Mucha gente seguía a Jesús; él se volvió y les dijo: «Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo: "Este hombre empezó a construir y no pudo acabar". ¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que lo ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz. Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío. La sal es buena, pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve ni para el campo ni para el estercolero, se tira afuera. El que tenga oídos para oír, que oiga».

(Lc 14, 25-33)

Reflexión

Dios ha puesto en nuestras manos la Creación entera. Nos ha puesto al frente de la misma para seamos los encargados de que todo marche por buen camino. Para eso, Dios nos ha dotado de inteligencia. Es cierto que la buena marcha de la misma no depende sólo de nosotros. Ni muchos menos. El cosmos tiene sus propias e intrínsecas leyes. Ante la magnífica grandeza del cosmos, al ser humano le queda la grata y agradecida contemplación. Toda la Creación es como un salmo de alabanza al Creador. Como una magnífica orquesta, cuya batuta está en manos del Hombre, varón y mujer. Pero dentro de sus evidentes limitaciones, el hombre tiene que actuar con sabiduría e inteligencia. Sobre todo, y en cuanto a él le corresponde, saber conservar los bienes de la Creación que dependen de él. No destruir la naturaleza.

Estamos, pues, rodeados de bienes. ¿Sabemos usar bien de ellos? ¿Los usamos en tanto en cuanto nos ayudan a estar bien, ser felices, y compartirlos con los demás?

Subyace en el ser humano una especie de instinto egoísta que nos lleva a tratar de acaparar cosas y más cosas. Llamémoslas bienes materiales. El problema radica en que ese instinto, conocido también como avaricia, nos impide hacer partícipes a los demás de lo que poseemos y tenemos. Nos situamos, así, dentro de una burbuja aséptica que termina por asfixiarnos y matarnos.

El Evangelio cuenta que a Jesús le seguía mucha gente. ¿Era por tratarse de él? Evidentemente, no. Había sin duda muchos intereses creados. Muchos le seguían, es claro, no por adherirse a las condiciones marcadas por el mismo Jesús para seguirle. Diríamos, para hacerse cristianos. Buscaban lo inmediato, como podía ser una curación. En definitiva, buscaban bienes inmediatos y personales para sí mismos. Carecían de altruismo. Y Jesús se vuelve y les dice que: *Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío*. Y añade, para que no les queden dudas: *Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío.* Jesús era diáfano, hablaba con toda claridad. No era un demagogo, o un político, que hacía promesas fáciles, para atraer multitudes. Nada de eso.

Jesús sabía de sobra que entre la gente que le seguía había gente buena, sin duda. Pero también, simples curiosos que sólo buscaban novedades, entretenimiento. Otros eran gente interesada que albergaba la esperanza de participar de la gloria y de la fama. Incluso, no faltaban los auténticos enemigos, siempre al acecho de una ocasión para poder acusarlo y condenarlo. Como solemos decir: de todo hay en la viña del Señor.

A Jesús no le daba miedo a perder simpatizantes. Por eso, a quienes quieren seguirlo de verdad les pone tres condiciones. La primera: *desapego afectivo* de la familia. Incluso, hasta de la propia vida. Al decir: *Quien no pospone a su padre, su madre, incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío...*, no significa que debamos rechazar los sagrados vínculos familiares, sino que debemos priorizar los valores del Reino. La segunda: *disponibilidad para cargar la cruz*, que es la imagen que mejor sintetiza toda su vida. Y la tercera, renunciar a los bienes materiales: *El que no renuncia a todos sus bienes... no puede ser discípulo mío.* Nos preguntamos, ¿por qué esta exigencia? Está muy claro: Si se vive para los bienes materiales, no queda espacio para Dios, ni para relacionarse y compartir y ser solidario con los

demás. En definitiva: que debemos buscar los verdaderos bienes. El primero y principal: Dios.

Capítulo 2

DIMENSIÓN GLOBAL DE LA FE

2/1- Vigilancia

Pasaje bíblico

Vosotros estad como los hombres que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Bienaventurados aquellos criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; en verdad os digo que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y, acercándose, les irá sirviendo. Y, si llega a la segunda vigilia o a la tercera y los encuentra así, bienaventurados ellos. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, velaría y no le dejaría abrir un boquete en casa. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre». Pedro le dijo: «Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?». Y el Señor dijo: «¿Quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para que reparta la ración de alimento a sus horas? Bienaventurado aquel criado a quien su señor, al llegar, lo encuentre portándose así. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si aquel criado dijere para sus adentros: "Mi señor tarda en llegar", y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles. El criado que, conociendo la voluntad de su señor, no se prepara ni obra de acuerdo con su voluntad, recibirá muchos azotes; pero el que, sin conocerla, ha hecho algo digno de azotes, recibirá menos. Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará; al que mucho se le confió, más aún se le pedirá.

(Lc 12,36-48)

Reflexión

Más de una vez, y de dos, y de tres, habremos visto a un niño pequeño caminando por la calle junto a su mamá. Al niño se gusta moverse, corretear.

Hace las delicias de su madre. Pero si de pronto hay que cruzar una calle, de inmediato la madre toma al niño de la mano. De otro modo, el niño, en su inocencia, se pondría a pasar la calle, ajeno al peligro que corre si viene un coche y lo atropella.

Este simple ejemplo sirve para recordarnos que siempre hemos de estar con los cinco sentidos bien despiertos. Siempre alerta. Los peligros vienen de donde menos lo esperamos. No sólo del tráfico de coches por las calles. Si caminamos despistados, y hoy puede ocurrir cuando vamos embebidos en la pantallita del móvil, podemos darnos un golpe con cualquier farola. O bien, que un amigo de lo ajeno nos robe la cartera. Hay que estar atentos. Siempre alerta.

Lo mismo ocurre en la cuestión de la fe. Y de la vida cristiana en general. Siempre, siempre alerta. Bien claro nos lo dice Jesús: *Porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.*

Es evidente que Jesús estuvo en Jerusalén en repetidas ocasiones. Pero, en la que sería su última subida a Jerusalén, aprovecha para instruir a fondo a sus seguidores, en este caso, los apóstoles. Con su lenguaje sencillo, diáfano y directo, va catequizándolos. Y como es habitual en él, emplea el muy eficaz sistema de las parábolas. Como en este pasaje que nos concierne.

Entonces, como hoy, los apóstoles se movían en un mundo hostil. Pero Jesús los anima: *No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino.* Y los invita a una vigilancia permanente. Sitúa la parábola en la noche, lo que tiene una marcada intencionalidad, ya que es muy fácil bajar la guardia en la noche. El sueño, el cansancio…, pero, ojo, que puede ser *la hora que menos penséis, cuando viene el Hijo del Hombre.*

El Hijo del Hombre. Con esta alusión directa a sí mismo, nos enmarca en la dimensión directa de la vigilancia cristiana. La noche significa la hostilidad, el poder de las tinieblas. Curiosamente, era también de noche cuando solían celebrarse las bodas. De ahí que los criados debían estar atentos a que *el Señor vuelva de la boda*. Con este símil de la boda Jesús está remontándonos más allá de una simple boda. Es decir, alude claramente a la salvación.

Pedro le pregunta: *Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?* Desde luego que el Evangelio es para todos, pero es evidente que la parábola va dirigida directamente a ellos. ¿Por qué? Porque ellos van a ser los responsables de llevar al mundo el Mensaje de Jesús. De ahí que los animadores de las Comunidades cristianas, deben ser los primeros en

permanecer fieles a sus tareas de animación y de servicio. Y más en tiempos hostiles. ¿Y cuándo los tiempos no han sido hostiles? La Comunidad cristiana siempre será pequeña y frágil. Por eso, los cristianos deben vivir en constante vigilancia. Esto significa que debemos dar primacía a los valores del Reino y esperar la llegada del Señor.

Como cristianos, se nos han confiado los valores del Reino. Es decir, mucho se nos ha dado, por lo mismo, mucho se nos va a exigir.

2/2- Fe y misericordia van unidas

Pasaje bíblico

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue enterrado. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritando, dijo: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas". Pero Abrahán le dijo: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado. Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que los que quieran cruzar desde aquí hacia vosotros no puedan hacerlo, ni tampoco pasar de ahí hasta nosotros". Él dijo: "Te ruego, entonces, padre, que le mandes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos: que les dé testimonio de estas cosas, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormento". Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen". Pero él le dijo: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a ellos, se arrepentirán". Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto"».

(Lc 16,19-31)

Reflexión

De entrada, conviene distinguir, y no confundir, entre *fe* y *creencia*. Suele decirse: la fe consiste en creer. Pero, maticemos. Podemos tener la cabeza llena de cosas en las que no dudamos de que existan, y que, sin embargo, nos dejan indiferentes. Puedo creer, por ejemplo, que Nueva York existe, aunque nunca haya estado allí. Pero me trae sin cuidado. Creemos en muchas cosas. Podemos tener la cabeza llena de un bagaje de conocimientos, pero me dejan indiferente. La fe, por el contrario, compromete. En primer lugar, porque la fe es creer responsablemente. No me basta con creer en Dios.

Necesito, desde esa fe, estar unido a él. En las cosas transcendentales, no nos movemos sólo por las creencias, nos movemos por la fe. La fe es como una luz que nos va guiando. La fe da seguridad, pero no certeza. Por ejemplo: Creemos en Dios, sí, y, sin embargo, no tenemos certeza metafísica de su existencia. Diríamos que la fe es como un quinto sentido que nos hace superar las creencias para encontrarnos con una realidad intuida: Dios. ¡Qué difícil es no creer en Dios!

Otra cosa es la imagen que cada quien pueda tener de él. Por lo pronto, Dios es *Espíritu puro*. Luego, no es materia. No tiene un cuerpo como tenemos nosotros. Lo cual resulta fascinante y fundamental. Por ejemplo, a la hora de hablar de la Creación. Todos los seres vivos tienen materia y espíritu. La materia no es un ser vivo. Simplemente, existe. El espíritu, en cambio, es vida. La materia, por el contrario, no tiene espíritu, no tiene vida. El cosmos es materia, no tiene espíritu, carece de vida. La materia, por carecer vida, no puede crearse a sí misma. En consecuencia, tiene que haber Alguien que, siendo Espíritu, siendo Vida, sea capaz de crear la materia. Esa es la clave para saber que el mundo, el cosmos, ha sido creado por Alguien infinitamente superior a él. Surge así el Cosmos, la hermosa Creación, obra de Dios, al que Jesús nos lo revela como Padre.

Anotada, pues, la diferencia entre creencia y fe, vayamos a las consecuencias que esto tiene para la vida real y cristiana, en los casos concretos del día a día.

De este modo, tenemos, a la vista está, que el Evangelio se decanta por una fe dirigida no solamente a Dios, sino también a las personas. Y, más concretamente, a los pobres. El Evangelio es diáfano. Nos muestra que Jesús tenía predilección por los pobres. No por el hecho de ser sociológicamente pobres, sino porque al pobre, por serlo, el único recurso que le queda, prácticamente, es acudir a Dios, como su última y definitiva esperanza. Cuando alguien está en grave peligro de perder la vida, a quien acude, en definitiva, es a Dios. Es su último recurso. Y el más seguro. El pobre, precisamente por carecer de todo, suele ser más sensible al mundo de la fe.

El hecho de que Jesús se decante por los pobres no significa que quiera, o que esté a favor de un mundo de pobres. No quiere que seamos un mundo de pobres y zarrapastrosos. Todo lo contrario. Quiere que seamos felices. Nos quiere felices. Por eso curaba a los enfermos, y perdonaba a los pecadores. Que no sólo se enferman los cuerpos; también el alma se enferma por el pecado, por el alejamiento de Dios. El amor de Jesús a los pobres es un amor misericordioso. Jesús cree en los pobres y cree en la misericordia.

Fe y misericordia van unidas. Y, para que se quede bien grabado en el corazón, nos pone esta conmovedora parábola.

Es el juicio de Dios sobre el uso y distribución de las riquezas. Dos situaciones antagónicas que se dan a diario: la del rico y la del pobre. Y un final que empareja al rico y al pobre: la muerte.

Nadie hay tan malo que sea absolutamente malo. En este caso, vemos que al rico, que ha vivido a cuerpo de rey, que no le ha interesado para nada la crítica situación del pobre que está a su puerta (los pobres siempre están a nuestra puerta), algo de bondad le queda. Sabiendo que para él hay no hay remedio, está condenado definitivamente, implora por sus hermanos, que deben ser tan calaveras como él. La respuesta desde el cielo: *Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen*. El rico sabe que a sus hermanos les importa un bledo la Biblia. Así que acude, como último recurso, a la superstición de creer en la aparición de los muertos, al miedo, en definitiva. Y una vez más, la respuesta contundente: *Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto.*

Desconocemos si el rico tenía fe. Hemos de pensar que sí. Pero, una fe sin compromiso. Y, a la vista está, que misericordia no tenía. Y es que, fe de verdad y misericordia van unidas.

2/3- La fe allana los obstáculos

Pasaje bíblico

Dijo, pues, a sus discípulos: «Es imposible que no haya escándalos; pero ¡ay de quien los provoca! Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar. Tened cuidado. Si tu hermano te ofende, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo; si te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: "Me arrepiento", lo perdonarás». Los apóstoles le dijeron al Señor: «Auméntanos la fe». El Señor dijo: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar", y os obedecería.

(Lc 17,5-10)

Reflexión

Nadie puede vivir sin fe. Siempre habrá algo o alguien en quien creer, a quien amar, o por quien vivir. En términos cristianos, se nos dice que la fe es una virtud infusa. Significa que se nos da gratuitamente. Y, sin embargo, la fe necesita ser personalizada. Somos responsables de nuestra vida y de cuanto hacemos en ella y con ella.

Por otra parte, la fe allana muchos obstáculos. La vida está llena de ellos. Sin importar la raza, sexo, nacionalizad, o religión a la que pertenezcamos o dejemos de pertenecer. Naturalmente, aquí se trata de la fe cristiana.

El Evangelio nos habla con bastante frecuencia sobre los obstáculos que encontramos en el transcurso de la vida. De hecho, muchos seguidores de Jesús, se echaron atrás cuando vieron que seguirle no era recorrer un camino de rosas, sino que iban encontrando muchas espinas. No se puede seguir a Jesús por intereses creados, o por medrar en la vida.

Entre los obstáculos, tenemos los escándalos. En este pasaje, en concreto, Jesús dice: *Es imposible que no haya escándalos; pero ¡ay de quien los provoca!* Lo que indica que quien provoca un escándalo lo hace libre y conscientemente. Por consiguiente, responsablemente.

Las personas mayores somos menos escandalizables. Pero están los niños, toda esa gente inocente a la que podemos causar mucho daño con nuestros actos y comportamiento. Ante esto, Jesús tiene palabras muy duras: *Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar.*

Ante el camino difícil propuesto con toda claridad por Jesús, muchos vacilaron, se echaron atrás, como decimos. Otros, quizá se lo pensaron mejor y siguieron con él. No obstante, le piden al Señor: *Señor, aumenta nuestra fe.* Es cuando Jesús les responde: *Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: Arráncate de raíz y plántate en el mar", y os obedecería.*

Curiosamente, la fe consigue realizar aquello que a los ojos de los hombres parece imposible. Por eso, y, a sabiendas de que el escándalo es una ofensa, todo escándalo ofende, Jesús nos habla del perdón. Estar dispuestos a perdonar a quien escandaliza: *Si tu hermano te ofende, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo.* No estamos exentos de poder caer en el pecado. No podemos pensar que los malos son los otros. Todos somos pecadores y, por lo mismo, todos necesitamos ser perdonados.

La fe es un don gratuito de Dios, que todo lo ilumina y nos fortalece en la vida. La fe no la conquistamos por méritos propios, pero exige una respuesta viva y activa, que se manifiesta en las obras. De ahí que el apóstol Santiago diga: *La fe sin obras está muerta.* Luego, la fe es algo vivo que, por pequeña que sea, es como una planta que va creciendo. Una planta necesita luz, agua, fertilizantes. Algo así sucede con la fe. El modo mejor de cultivarla es por medio de la oración, de la caridad, y de una vida solidaria con cuantos nos rodean.

Y, para terminar, la fe no es sólo una adhesión intelectual a verdades que aprendimos de niños en la catequesis. Tampoco adhesión a unos ritos de religiosidad popular, que muchas veces puede estar mezclada de supersticiones, sino que es adhesión a Dios. Es, en definitiva, un encuentro personal con Jesús, el Hijo de Dios.

2/4- Humildad y gratuidad

Pasaje bíblico

Una vez, yendo camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros». Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús, tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?». Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».

(Lc 17,11-19)

Reflexión

Una de las enfermedades más terribles, y de más impacto ambiental y social, es la lepra. Tremendamente dolorosa para quien la padece, resulta repulsiva para quien la contempla de cerca. Produce repelús. Una especie de escalofrío recorre todo el cuerpo de quien se acerca a un leproso. De esto podemos dar fe quienes hemos tenido que ejercer la pastoral con los leprosos.

Al principio, cuesta mucho, humanamente, el ejercicio de la pastoral con los leprosos. Sin embargo, vencido el miedo inicial, es una bendición de Dios trabajar pastoralmente con ellos. Porque, y hay que decirlo a voz en grito, los leprosos son los más pobres entre los pobres. Apartados de la sociedad, a la terrible enfermedad se une la soledad que les produce el aislamiento de los demás, sobre todo, de la familia. Pero trabajar pastoralmente con ellos, repito, es una bendición de Dios. Y una toma de humildad.

Se calculan en alrededor de dieciséis millones los leprosos que hay actualmente en el mundo. La lepra llegó a ser calificada como la enfermedad maldita. Horror, sufrimiento, aislamiento y, en muchos casos, desesperación, es el resultado conjunto de esta enfermedad antisocial.

Pero, gracias a Dios, la ciencia avanza. Y el nivel de vida e higiene también. De este modo se va consiguiendo, poco a poco, ir erradicándola, ya que se trata de una enfermedad contagiosa.

Existen muy buenas leproserías, donde son atendidos quienes padecen esta terrible enfermedad, que se contagia por el bacilo de Hansen, y que produce ulceraciones purulentas, deformación del rostro, y mutilación parcial en los distintos miembros, que termina por producir la muerte. Por el avance de la medicina, se ha logrado que quienes tienen la suerte de ser atendidos y *tratados* con los medicamente modernos, puedan hacer vida social y familiar, porque entonces ya no contagian. El problema está en quienes no reciben ningún tratamiento.

Pues bien, como consta en el Evangelio, Jesús se encontró frecuentemente con leprosos. Ellos sabían el poder curativo que Jesús irradiaba y acudían a él para ser curados. En esta ocasión, era un grupo de diez que le sale al encuentro. A los diez los curó. Luego, les dijo: *Id a presentaros a los sacerdotes.* ¿Por qué? El motivo era que, si algún leproso lograba curarse, el sacerdote debía extenderle un certificado de que estaba curado, y así, poder hacer vida social y familiar.

De los diez, sólo uno regresó a darle las gracias. Está claro que, el don del agradecimiento no va con todos. Jesús, no busca que le den las gracias, pero sí le gusta que se comporten, al menos, con un mínimo de educación. Se lamenta: *¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?* Se trataba de un samaritano, es decir, alguien que no era bien visto por los judíos. Sólo él mostró agradecimiento. Significativo detalle.

Este episodio ilustra el camino de la fe. Tiene que ver con la virtud de la esperanza, ya que la fe nace de la esperanza en Jesús que cura. Y nos habla, al mismo tiempo, de la gratitud para con Dios al hacerles encontrar de nuevo la vida plena, la reintegración a la familia, y a la Comunidad.

Para terminar, hay en este pasaje un detalle que no debemos pasar por alto. El leproso samaritano no sólo agradece, sino que también cree. Y Jesús le dice: *Levántate, vete; tu fe te ha salvado.* Lo que viene a significar que, mientras la fe de los otros llega hasta la curación, en el samaritano llega hasta la Salvación. Importante el detalle, porque expresa humildad y gratuidad. El leproso implora la curación con humildad, luego agradece el haber sido curado. Y Jesús le da la curación del cuerpo y del alma.

2/5- Oración y fe

Pasaje bíblico

Les dijo Jesús una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario". Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme"». Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?».

(Lc 18,1-8)

Reflexión

Somos personas. Estamos, por consiguiente, dotados de cuerpo y alma. Pues bien, al igual que el cuerpo necesita ser alimentado, lo mismo sucede con el alma. La diferencia está en que, mientras el cuerpo se alimenta de alimento material, el alma lo hace con alimento otro espiritual, como es la oración.

Efectivamente, la fe se alimenta de la oración. Lo curioso es que Jesús, a pesar de ser Dios, pero también hombre, hacía mucha oración. Ese es el matiz, que también es hombre. Pasaba noches enteras en oración. Es decir, en sintonía con Dios. Que eso es la oración: estar en sintonía y comunicación con Dios. A su vez, nos pide que seamos gente de oración. La fe se alimenta de la oración. Y, tanto la fe como la oración son esenciales en nuestra vida. Esto vale incluso para quienes no son cristianos.

En este pasaje, Jesús nos explica la importancia de la oración, una vez más, por medio de una parábola. Había un juez. En este caso, pues, se trata de un juez. Y, de una mujer, a la que alguien le había estafado. El juez debía ser un pasota. Y, por lo visto, bastante descuidado en sus obligaciones como juez. La mujer acude a él, en busca de justicia. El juez no le hace ni el mínimo

caso. Pero la mujer insiste. Un día, y otro, y otro, acude al bufete del juez. *El juez, que ni temía a Dios ni le importaban los hombres*, sigue sin atenderla. Pero la mujer, que es tenaz y constante, sigue dándole la matraca. Sigue pidiendo justicia. Tanto insiste que, al fin, el juez, aunque no sea más que por quitársela de en medio, termina por hacerle justicia.

Jesús concluye su parábola: *Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?* Por supuesto que Dios nos dará cuanto necesitamos. Pero hay una reflexión que se hace Jesús, y que es preciso tenerla muy en cuenta: *Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?*

Esto nos lleva a lo siguiente: Si hasta un hombre malo cede ante una petición insistente, en este caso, la de una mujer, cuanto más Dios, que es justo y santo, nos atenderá y nos salvará a todos. Es necesario, por consiguiente, aprender de esta mujer a la que alude Jesús.

La Oración debe ser un diálogo insistente y continuo. Ocurre, a veces, que nos come la prisa. En tal caso, ¿no será que, más que acudir a Dios para estar en sintonía con él, nos buscamos a nosotros mismos? Con lo cual, más que justicia, en el sentido del pasaje bíblico, lo que buscamos es satisfacer nuestro egoísmo. En tal caso, eso no es oración. Dios conoce nuestra situación, y sabe de sobra el momento oportuno que tiene para cada cosa y para cada quien. A nosotros nos corresponde moderar la impaciencia y confiar plenamente en él. Incluso, ante el aparente silencio que, a veces, parece guardar Dios, ya que la oración no es una fórmula mágica, y sí comunicación con el Señor y expresión de nuestra fe.

Capítulo 3

DIOS QUIERE NUESTRA SALVACIÓN

3/1- Nadie debe perderse

Pasaje bíblico

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: "¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido". Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: "¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido". Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

(Lc 15,1-11)

Reflexión

Jesús nació y vivió en una tierra eminentemente campesina. La riqueza nacional estaba basada en la ganadería, sobre todo, la cría de ovejas. De modo que, mucha gente se ganaba el pan de cada día con el pastoreo de las ovejas. De ahí que sus explicaciones, donde abundan las parábolas, tienen la belleza del ambiente cotidiano que le rodea, tanto a él como a sus oyentes.

En este pasaje emplea dos parábolas sencillas y prácticas tomadas del día a día de la gente. Una, la de las ovejas. Otra la moneda extraviada en la propia casa.

Los fariseos le critican porque anda con gente de no muy buena reputación: *Ese acoge a los pecadores y come con ellos.* No han caído en la cuenta de que su misión es salvar a todos. Esa es la auténtica razón de que se mezcle con gente de mal vivir: los pecadores. Busca y quiere su salvación. Pero viene a salvar también a quienes se tienen por buenos. ¿Por qué se tienen por buenos? ¿Porque hacen cosas que, en sí mismas son buenas, como es cumplir los ritos prescritos por la religión? Cuántas veces las apariencias engañan. No es suficiente con el cumplimiento de un ritual.

Y, así, Jesús se arranca con una parábola que todos entienden a la perfección: *¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra?* La busca hasta que la encuentra. Perder una oveja significaba una notable pérdida económica. De modo que, estaba más que justificado el júbilo tras el encuentro de la oveja perdida.

Como quiera que, con este lenguaje, Jesús quiere llegar al corazón de sus oyentes, entre los cuales se encuentran también los fariseos, les está diciendo a las claras que cualquiera de ellos es *la oveja perdida*. Es decir, el pecador. En cuanto tal, está perdido. Pero *el Pastor*, Jesús, va en su busca, para salvarlo. De ahí la alegría tras el encuentro: *"¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido".*

Y como, además, entre sus oyentes no faltaban nunca las mujeres, les pone un ejemplo que ellas podían entender muy bien: la moneda extraviada. *O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra?* Para concluir: *Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.* He ahí la auténtica alegría. Y donde Jesús expresa la actitud misericordiosa de Dios para con los pecadores. ¿Y quién no lo es?

La alegría es tan grande, que necesita que ser compartida con los demás. Gráficamente, Jesús dice: *los ángeles de Dios*. Porque, en definitiva, el encuentro no se refiere a cosas materiales, oveja, moneda…, sino a personas de carne y hueso. Un día, por lo causa que sea, se desbarrancaron. Pero Dios, en su infinita misericordia, los encontró y los reintegró al redil, donde está seguros.

De esta manera, Jesús está exponiendo, como contrapartida, la realidad del pecado. La existencia del pecado es algo que no se puede negar. A la vista está. Por más que, hoy en día, mucha gente trate de minimizarlo. Hay una tendencia generalizada a negar cualquier forma de pecado. Pero eso es como querer tapar el sol con un dedo.

A falta del verdadero Dios, se acude a la idolatría. A falta de la defensa de la vida, se practica el aborto. A falta de justicia, se acude a falsos altruismos. Y, así, un largo etcétera. Necesitamos menos puritanismo y más ejercicio del perdón.

El pecado existe, es innegable, es una acción humana que se opone, o se enfrenta, a Dios. Todo pecado es una ofensa a Dios. Pero Jesús he venido a decirnos que la *misericordia de Dios* es mayor que todos nuestros pecados. Pero necesitamos la conversión. Estamos urgidos de repensar dónde, o en qué, ponemos nuestro corazón.

3/2- La meta es la eternidad

Pasaje bíblico

Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras estos se alejaban de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía lo que decía. Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar en la nube. Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo».

(Lc 9,28-36)

Reflexión

Quién más quién menos, todos nos trazamos metas concretas en la vida. Es posible que, ya desde pequeños, nos hayamos decantado por una determinada profesión pensada para el día de mañana. Esto se debe frecuentemente al modelo que más nos ha llamado la atención. A veces, es nuestro propio padre. Si, por ejemplo, el padre es ingeniero, o médico, o cualquiera otra profesión, fácilmente el hijo se determine por esa profesión paterna. Otras veces, posiblemente se deba a un determinado impulso interior que sentimos. Surge así lo que suele llamarse la vocación, por una determinada profesión, o estado, en la vida. Hay veces, específicamente, que al hablar de profesión estemos pensando en la vida religiosa, o sacerdotal.

Lógicamente, la profesión encauza nuestra vida temporal, tanto económica como vital. En esta ocasión, y, siguiendo el pasaje que nos ocupa, nos referimos, sobre todo, a nuestra vida espiritual: *Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar.* Parece ser que ese monte es el Tabor. Es allí donde tiene lugar un fenómeno desusado y único:

Jesús se transfigura a la vista de ellos. No sabemos cuánto duró la visión. Pero sí que tal fenómeno le sentó muy bien a san Pedro: *Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí!* Pedro irradiaba felicidad. Hubiera deseado que tal visión nunca terminara.

Está claro que dicha visión era un trasunto de la divinidad de Jesús. Pero, también, de lo que será la feliz eternidad. A Pedro no se le ocurre otra cosa que decir: *Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.* Es decir, si por él fuera, permanecer así para siempre. Pero, era sólo una visión. Y la visión desaparece de golpe. Hay que proseguir en el día a día de la temporalidad. La eternidad queda más tarde.

No deja de ser significativo que dicha visión acontece cuando Jesús está en camino a Jerusalén, que es cuando les hace el primer anuncio de la Pasión. Naturalmente, tal anuncio provoca en ellos una crisis profunda. Se desmoronan las esperanzas mesiánicas de sus seguidores. Y viene la crisis. Para reanimar la fe de los apóstoles, Jesús recurre a la oración: *Subió a lo alto del monte para orar.* Y, o bien sea por tratarse de sus apóstoles de más confianza, o quién sabe, si quizá más inteligentes, la cosa es que les deja intuir, que no ver, su *divinidad*. Fue un modo de espabilar la fe vacilante de Pedro, Santiago y Juan. Dios deja oír su voz: *Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo.*

Hay algún otro punto que conviene también destacar: *De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba a consumar en Jerusalén.* Lo cual significa que Moisés y Elías están representando la Ley y los Profetas; vale decir, el Antiguo Testamento.

Pero, mientras tanto: *Pedro y sus compañeros se caían de sueño.* Más allá del sueño que produce el cansancio, se trata de una metáfora. Por lo visto, no se habían enterado mucho del contenido de futuro proclamado por los profetas: Cristo es el Mesías, el Hijo, el Escogido.

Mientras tanto, Moisés y Elías desaparecen. Es decir, el Antiguo Testamento, cumplido su cometido, se desvanece, dando paso al Nuevo Testamento, cuyo contenido principal es el Evangelio. Jesús y sus tres discípulos predilectos bajan del monte. Es el momento de recordarnos que nosotros debemos seguir mirando a la eternidad, donde está nuestra meta, desde donde cada quien estemos situados en la vida presente.

3/3- El bueno y el malo

Pasaje bíblico

Dijo también esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador". Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

(Lc 18, 9-14)

Reflexión

Suele hablarse mucho de la autoestima. Los psicólogos dicen que es importante, muy importante, tener buena autoestima. No es infrecuente, en cambio, encontrarse con personas cuya autoestima anda por los suelos. Están autoconvencidos de que no valen para nada, no sirven para nada. Se pasan la vida en lamentaciones, en autoflagelaciones mentales. Son propensos a acudir a los demás dándoles la tabarra: *yo no valgo nada, no sirvo para nada*... Una manera de llamar la atención y compasión de los demás. Lo que hacen es, quizá sin darse cuenta, proclamar a los cuatro vientos su complejo de inferioridad. Porque la baja autoestima corresponde a un complejo de inferioridad.

Los complejos son sospechosos. Ni al de superioridad ni al de inferioridad hay que tenerlos muy en cuenta. El primero puede ser la cara visible de un solapado orgullo, o simple vanidad. Y el segundo puede ser la cara visible de una falsa humildad. Es bueno traslucir hacia fuera esa íntima alegría que nace de estar en paz consigo mismo. Eso, nada tiene que ver con el complejo de superioridad. Hay que ser optimista, ya que se trata de ser

positivos en la vida. Ese es el modo mejor de ser realistas. La persona realista no padece complejos, porque asume la realidad tal como es.

Si nos fijamos en la gente con complejo de inferioridad, vemos en seguida que es digna de lástima. Hundida en una profunda depresión, esa gente sufre y hace sufrir a quienes tienen que convivir con ellos, o ellas. En realidad, se trata de una enfermedad, que puede ser pasajera o duradera. Dan lástima, porque se gastan una fortuna acudiendo, tanto a los profesionales de la salud mental, como a las farmacias. Las depresiones son síntoma de una deficiente salud espiritual. Hay males que afectan al cuerpo. Pero hay males que afectan al alma.

Por el contrario, hay también personas de signo opuesto. Tienen su autoestima por las nubes. Subidísima. Se creen los mejores. Pura vanidad. Son propensos a mirar a los demás por encima de los hombros. Auténticos gallitos en la feria de las vanidades.

Pero, ni unos ni otros. Como suele decirse: *en medio está la virtud*. Aquí el justo medio consiste en ser realistas. Porque, de realismo habla precisamente este pasaje evangélico, objeto de esta reflexión.

Aquellos dos hombres que un día suben al templo a hacer la oración nos muestran, sin fisuras, la realidad de sus respectivas vidas. El uno, desde su enorme complejo de superioridad, desde su nube, da gracias a Dios, ¡son tantas las cosas que tiene que agradecer! Y comienza desgranar: *¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo*. ¡Bla, bla, bla! Le faltó tiempo para seguir enumerando. El otro, allá junto a la puerta porque se ve indigno de pasar adelante, pide perdón de sus pecados desde el fondo de su conciencia manchada. Es realista. No se anda por las nubes. Se sabe pecador. No se compara con nadie. Simplemente, pecador confeso, implora el perdón y la misericordia de Dios: *¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador*.

Si pudiéramos ver las manos de uno y otro, del fariseo, y del pecador, las manos del fariseo las veríamos llenas de cosas, en sí buenas: oración, ayuno, limosnas, ritos cumplidos de la religión, pero manos vacías de Dios. Tenía un currículum brillante como persona religiosa, pero le faltaba Dios. Manos carentes de amor. Nunca pudo decir, *te doy gracias, Señor, porque te amo a ti sobre todas las cosas, y a los demás*. Nunca.

En cambio, en las manos vacías del pecador, aunque invisible, aunque no lo veamos, estaba Dios. Quien es capaz de pedir perdón es porque tiene amor.

No se trata de ir a la conquista de buenas obras, como si se tratara de conquistar trofeos, y obtener así la medalla de oro en el podio de las vanidades. La Salvación viene de Dios, no de nuestros trofeos religiosos. El pecador, el último de la clase, sabe que la Salvación no se debe a las buenas obras que hacemos, él no podía presentar ninguna, sino a la misericordia de Dios. Con humildad, pide perdón, reconoce la soberanía de Dios. Por eso, Jesús concluye: *Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.* Conclusión: El bueno resultó ser malo. Y el malo resultó ser bueno. Dios no se fija en nuestras manos, si están llenas o vacías. Se fija en el corazón, sede del amor.

3/4- A Dios lo que es de Dios

Pasaje bíblico

Le preguntaron: «Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud y no tienes acepción de personas, sino que enseñas según verdad el camino de Dios. ¿Es lícito que nosotros paguemos tributo al César o no?». Habiendo advertido su astucia, les dijo: «Mostradme un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción?». Le dijeron: «Del César». Y él les dijo: «Pues bien, dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Y no pudieron acusarlo ante el pueblo de nada de lo que decía; y se quedaron mudos, admirados de su respuesta.

(Lc 20, 21-26)

Reflexión

Nos encontramos a veces en la vida con gente que actúa con nobleza y sinceridad. Lo cual puede acarrearles más de un conflicto. Por la sencilla razón de que quien actúa en la vida con la verdad por delante se convierte, aun sin saberlo, en *conciencia crítica* para los demás. Y, quien se ve al descubierto actúa a la defensiva.

También nos encontramos con personas que siempre se arriman al sol que más calienta. Oportunistas que sólo piensan en sí mismos. Tratan de vivir bien, que nadie les moleste. Su actitud no deja de ser egoísta. Posturas insolidarias.

Cuando leemos el Evangelio, sin duda nos llama la atención una escena que se repite una y otra vez. Muchas veces. Se trata de un solapado, a veces no tan solapado, pero constante enfrentamiento de los fariseos con Jesús. En ocasiones, dicho enfrentamiento es más directo. A pleno sol del día. El motivo es que Jesús no caía bien a los fariseos. Estos, junto con los herodianos, se llevaban muy bien con los romanos, bajo cuyo dominio estaba toda la Palestina.

Los enormes, eficientes, y bien conformados *ejércitos romanos* estaban compuestos por militares y soldados provenientes de todos los países y territorios conquistados por los llamados, por su origen, romanos. Roma era el centro y capital del gran imperio romano. Una amalgama de gentes

que formaban el inmenso ejército romano. Muchos provenían de la zona helénica. Es decir, del también denominado gran imperio macedónico y griego. A lo que hay que sumar la gente proveniente del que fue igualmente otro gran imperio, el persa. Este fue el factor clave para que, en cuestión religiosa, fuera un ejército tolerante. Todas religiones tenían cabida en él. A esto hay que añadir que Grecia era famosa, sobre todo, por su elevada cultura. La cultura ennoblece y dignifica a los pueblos. Y es la fuente de una verdadera democracia. En cambio, la incultura produce tiranos y malos dirigentes.

Así pues, Roma se benefició de la sabiduría de los pueblos griegos. Esto repercutió, para bien, en la mentalidad de estas gentes que, provenientes de tan distintos pueblos con sus respectivas religiones, conformaban ahora el magnífico Imperio romano. En él cabían, pues, y como es natural, las diversas y nuevas religiones incorporadas que, en general, eran politeístas.

A los romanos poco o nada podía importarles que los judíos no fueran politeístas, sino monoteístas. A fin de cuentas, para los romanos se trataba de una deidad más que también tenía cabida en el panteón universal de todos los dioses. Esto facilitó, enormemente, el buen entendimiento entre los dirigentes judíos y los imperialistas romanos.

Jesús no tomó partido, políticamente hablando, ni por unos ni por otros. Muy otra era su misión. Él vino a anunciar un *Reino que no es de este mundo*. Vino a redimirnos, a salvarnos. Por eso, cuando aquel día se le acercan los fariseos y, como casi siempre, con segundas intenciones, le dicen muy lisonjeramente: *Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud y no tienes acepción de personas, sino que enseñas según verdad el camino de Dios. ¿Es lícito que nosotros paguemos tributo al César o no?*

La pregunta tiene miga. Cabe preguntar: ¿por qué dicen *nosotros*, en vez de decir el *pueblo*, o sea, todos, deben pagar? Con ese *nosotros*, está claro que se sitúan por encima del pueblo. Que han pactado con los romanos para mantener la poltrona de dirigentes, en connivencia con ellos.

Cabe también preguntarse: Si Jesús enseña el camino el Dios, si enseña con rectitud, le acaban de decir: *Sabemos que hablas y enseñas con rectitud y no tienes acepción de personas*. Vale. Entonces, ¿por qué lo atacan? Ellos mismos se contradicen. De un lado, están de acuerdo con Jesús, con su enseñanza. De otro lado, están en total desacuerdo, y por eso lo llaman al orden.

La respuesta es muy sencilla. En realidad, la pregunta que le formulan no es sobre dogmas o cuestiones de la religión. Van más allá. Se trata de una pregunta abiertamente política: *¿Es lícito que nosotros paguemos tributo al César o no?* Naturalmente, Jesús no cae en la trampa que le tienden. A sabiendas de que, si dice que *sí*, que hay que pagar el tributo, aparecerá como colaborador de los romanos. Y si dice que *no*, que no hay que pagar el tributo, puede ser denunciado como subversivo, pues estaría en contra de las autoridades. Jesús, entonces, percibiendo la trampa, pide una moneda y les pregunta: *¿De quién es la imagen y la inscripción?* ¡Anda, de quién va a ser…!, se dirían. Contestan: *Del César*. No tenían otra posible respuesta. Testigo la moneda que le han mostrado. Y Jesús: *Pues bien, dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.*

Más claro, imposible. *Al César lo que es del César*. Vale. Con lo que les está diciendo, a ellos y a nosotros, que nos dejemos de politiquerías y que construyamos una sociedad más justa, donde la gente pueda vivir en paz y en fraternal armonía. Y que pongamos a Dios donde debe estar: en el centro de nuestras vidas. Que nos olvidemos de dimes y diretes, es decir, que no nos centremos en rezos, ritos y ceremonias piadosas, y sepamos adorar a Dios *en espíritu y verdad*. Para lo cual, necesitamos conformar nuestra vida según la voluntad de Dios, dejando que Dios ocupe el lugar que le pertenece.

3/5- Dios es Dios de vivos

Pasaje bíblico

Se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer». Jesús les dijo: «En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos». Intervinieron unos escribas: «Bien dicho, Maestro». Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

(Lc 20, 27-40)

Reflexión

A medida que nuestra sociedad va perdiendo espiritualidad, y se decanta por los valores materiales que los avances de la ciencia ofrecen hoy, mucha gente se va apartando de Dios. Como si Dios no existiera. Ahora bien, si Dios no existe, sólo nos queda el mundo en que vivimos. Es decir, la materia. El mundo es materia. Dios es espíritu. Pero si Dios no existe, la materia fenece, y, siguiendo la lógica, nosotros somos materia, nos queda como conclusión que con la muerte termina todo; la muerte es el final. Sanseacabó.

Estamos infatuados de técnica, de los grandes avances que la ciencia ha logrado, pero nos estamos olvidando de nosotros mismos. Para que la ciencia logre tan espectaculares avances, no podemos olvidar que la ciencia no sería nada sin la mente humana, que es la que mueve todo.

Corremos el peligro de extasiarnos y entusiasmarnos, y hacemos bien, ante la ciencia, la técnica, y sus formidables avances, y, al mismo tiempo, olvidarnos del ser humano. Ahora bien, si la mente del ser humano es capaz de impulsar los grandes descubrimientos actuales, y los que vendrán, tampoco podemos olvidar que tras la mente del hombre hay otra Mente superior, Dios, que ha creado al Hombre e impulsado su mente.

Tras lo espectacular, no podemos permitir que un árbol nos impida ver el bosque. Es lo que está pasando hoy en día, en que cuya gente, cada vez más, se declara atea. Pues, si no hay Dios, apaga y vámonos. El paso al ateísmo, y a la negación de otra vida después de la presente, se da cuando suprimimos nuestra espiritualidad en nuestra vida. Somos cuerpo y alma.

Por lo visto, también en tiempos pasados había gente que negaban la existencia de otra vida después de la presente. El pasaje evangélico que estamos viendo habla de los saduceos: *Se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección.* No sabemos si todos los saduceos pensaban igual. Pero los que se acercaron a Jesús la negaban.

Pues bien, se acerca a Jesús un grupo de saduceos, en plan muy socarrón y, para avalar su tesis de que no existe otra vida le vienen con el cuento de una mujer a la que se le morían todos los maridos, hasta siete tuvo. Le lanzan la pregunta clave: *Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer?* A buen seguro que, tras la pregunta, sonó una estruendosa carcajada.

A Jesús le vino muy bien la pregunta, porque le dio pie para hablarles de *la otra vida*. Les dijo, en primer lugar, que la vida eterna no se parece a la vida presente: *Los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio.* En segundo lugar, les recordó un pasaje bíblico del Antiguo Testamento: *Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos.*

Aquí está la clave: *Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.* Ahora, que cada quién vea el camino a seguir. En pie queda la libertad, y la responsabilidad, de cada quién.

Que había una idea imperfecta de la resurrección, aun en tiempos de Jesús, a la vista está. El pasaje que les cita quiere decir que, si Abrahán, Isaac y Jacob están vivos, es porque viven actualmente en Dios. Por tanto, se puede hablar de Resurrección. Por tanto, se puede hablar de otra vida.

Para los cristianos, y para la gente de buena fe, la Resurrección es la esperanza que da sentido a todo y que todo tiene sentido. Tiene sentido el cosmos, tan maravilloso, tenemos sentido las personas. Todo tiene sentido. La fe cristiana hace de la esperanza de la resurrección una certeza absoluta. Cristo resucitó, como primicia. Quien se identifica con Cristo resucitará, es decir, nacerá con Él para la vida Nueva y definitiva. Dios, *No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos.*

Capítulo 4

JESÚS EXIGE COHERENCIA

4/1- Administradores del Señor

Pasaje bíblico

Jesús añadió una parábola: «Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey, y volver después. Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles: "Negociad mientras vuelvo". Pero sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo: "No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros". Cuando regresó de conseguir el título real, mandó llamar a su presencia a los siervos a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado cada uno. El primero se presentó y dijo: "Señor, tu mina ha producido diez". Él le dijo: "Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades". El segundo llegó y dijo: "Tu mina, señor, ha rendido cinco". A ese le dijo también: "Pues toma tú el mando de cinco ciudades". El otro llegó y dijo: "Señor, aquí está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, pues eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado". Él le dijo: "Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado? Pues ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses". Entonces dijo a los presentes: "Quitadle a este la mina y dádsela al que tiene diez minas". Le dijeron: "Señor, ya tiene diez minas". "Os digo: al que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y en cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia"».

(Lc 19,12-27)

Reflexión

De acuerdo con el viejo eslogan de que "nunca llueve a gusto de todos" podemos también decir que resulta muy difícil que dos bandos contrarios se pongan de mutuo acuerdo. Si este refrán lo trasladamos y lo aplicamos a algo tan importante como es el que vivamos todos en paz, esto resulta prácticamente imposible. Las rivalidades y guerras han existido siempre. En parte, por el instinto innato de conquista. También, porque el botín de guerra fue siempre un gran negocio. Como se refleja en muchas películas, sobre todo en las llamadas películas del oeste, siempre aparecen buenos y malos. Por fortuna, siempre ganan los buenos, aunque, a veces, a costa de grandes pérdidas y sacrificios.

Viene esto a colación a propósito de este pasaje evangélico que tenemos a la vista. En él encontramos algo muy significativo. Hay pasajes, y este es uno de ellos, donde Jesús, aprovechando la parábola con la que pretende transmitir su mensaje al pueblo que le escucha, está empleando un lenguaje figurado o metafórico, donde el protagonista es él mismo.

En esta parábola dice Jesús: *Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey, y volver después.* Qué duda cabe de que se refiere a sí mismo. Él bajó de los cielos, se hizo Hombre para salvarnos, y, aunque terminó en la cruz, es precisamente en la cruz donde adquiere toda su realeza. Jesús es el Rey del universo. Pero, ojo: *Sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo: "No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros".* Es evidente. Jesús tuvo muchos detractores en vida. También hoy en día. Mucha gente no solamente no le sigue, sino que pasan de él. O están abiertamente contra él. Cuánta gente prefiere las tinieblas a la luz.

Sabemos que Jesús, mientras proclamaba la Buena Nueva del Evangelio, fue llamando de entre sus muchos seguidores a algunos hombres determinados, a los que nombró Apóstoles. Bien podríamos verlos reflejados en la parábola, cuando dice: *Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles: "Negociad mientras vuelvo".* No importa si son diez, doce, o millones. Más allá de la literalidad, veamos la intención. Tienen que negociar. No se trata de hacer negocios lucrativos, digamos, por poner un ejemplo, con la banca, o invertir en la bolsa, o cosas semejantes. Se trata de proclamar el Evangelio.

Jesús, en otro pasaje habla de su regreso al final de los tiempos. Vendrá glorioso, triunfador de la muerte, coronado de gloria. El señor de la parábola, al regreso, vio con satisfacción que todos habían trabajado bien. Todos, excepto uno. Que, además, resultó ser un tipo muy descarado: *"Señor, aquí*

está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, pues eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado". Mina era una moneda de uso normal. Además de vago, resultó bravucón. Desde nuestro punto de vista, ¿no nos da pie el comportamiento de este *siervo malo* para, de algún modo, vislumbrar en él la figura de Judas Iscariote? Judas era del grupo de los apóstoles. También él fue elegido, pero traicionó a Jesús. La historia de la humanidad está plagada de Judas. Si aquél traicionó a Jesús, éstos hacen lo mismo cuando oprimen, o se aprovechan de los más débiles. Es natural entonces que la humanidad esté jalonada de mártires cristianos. Han sido capaces de dar su vida por Jesús, antes que traicionarlo.

La historia rechaza a Judas por su vil comportamiento. La codicia, el amor al dinero, lo llevó hasta el absurdo, y terminó trágicamente. Cuando se dio cuenta del magnicidio cometido, no aguantó el peso de su conciencia. Y cometió un segundo error. Fue consciente de su error, y se arrepintió. Su error consistió en no acudir a Jesús, y pedir perdón. Lástima. Si, en vez de suicidarse, hubiera acudido a Jesús, este le hubiera perdonado, igual que perdonó a Pedro. Igual que nos perdona a nosotros. Este fue su definitivo error, no acudir a Jesús.

Al igual que nos referimos a Judas, también esta parábola tiene un final trágico: *En cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia.* Vemos que Jesús emplea un lenguaje fuerte. Se trata de que todos entiendan a cabalidad.

La aplicación que podemos sacar está muy clara. Una vez más, Jesús nos está diciendo que Dios quiere que actuemos con rectitud. Los talentos, o cualidades, que cada quien tenemos, es para emplearlos en beneficio de los demás. Lo cual se traduce en actuar con justicia. Dios quiere que seamos justos. Dios es un juez justo. Traducido evangélicamente, nos dice que también nosotros seamos justos. Y, en consecuencia, que seamos buenos administradores de los dones de Dios.

4/2- Dar testimonio

Pasaje bíblico

Como algunos hablaban del templo, de lo bellamente adornado que estaba con piedra de calidad y exvotos, Jesús les dijo: «Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida». Ellos le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?». Él dijo: «Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: "Yo soy", o bien: "Está llegando el tiempo"; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque es necesario que eso ocurra primero, pero el fin no será enseguida». Entonces les decía: «Se alzará pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes. Habrá también fenómenos espantosos y grandes signos en el cielo. Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. Esto os servirá de ocasión para dar testimonio. Por ello, meteos bien en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas. Y cuando veáis a Jerusalén sitiada por ejércitos, sabed que entonces está cerca su destrucción. Entonces los que estén en Judea, que huyan a los montes; los que estén en medio de Jerusalén, que se alejen; los que estén en los campos, que no entren en ella; porque estos son días de venganza para que se cumpla todo lo que está escrito. ¡Ay de las que estén encintas o criando en aquellos días! Porque habrá una gran calamidad en esta tierra y un castigo para este pueblo. Caerán a filo de espada, los llevarán cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por gentiles, hasta que alcancen su plenitud los tiempos de los gentiles. Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo serán sacudidas. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y

gloria. Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación».

(Lc 21,5-28)

Reflexión

En pocos años hemos pasado de llevar una vida más o menos estacionaria a una vida de bastante trasiego. El nivel económico condiciona la situación personal y social de los pueblos. Esto es una constante de fácil comprobación. Si nos situamos en tiempos recientes, vemos que ha habido épocas de una emigración forzosa de personas a distintos países tratando de buscar, lógicamente, mejores medios de vida. La pobreza es un mal endémico. En la actualidad sigue habiendo países que, aun poseyendo suficiente riqueza, están endeudados hasta las cachas; por el motivo que sea. Se debe, generalmente, a la mala administración y al enriquecimiento brutal de unos pocos. Resultado: la mayoría de sus gentes son pobres, o muy pobres, viéndose forzados a emigrar, con la esperanza de encontrar mejores medios de vida.

Sin embargo, y como contraste, se constaba también que muchas personas han alcanzado un nivel económico holgado que les permite, no sólo vivir bien, sino viajar a otros países en plan turístico.

El turismo, cada día en aumento, es relativamente reciente. Un turismo inteligente, permite la adquisición de un bagaje cultural notable. Conocer otros países, sus gentes, sus monumentos, costumbres, historia, enriquece culturalmente al turista. No deja de ser significativo que la palabra *turista*, en su raíz de origen, signifique *espía*. Es que, el turista la olfatea todo. El intercambio de turistas es un bien para los pueblos.

El pasaje bíblico presente, sin aludir al fenómeno del turismo, tiene su aproximación al mismo: *algunos hablaban del templo, de lo bellamente adornado que estaba con piedra de calidad y exvotos.* El último templo de Jerusalén, mandado reconstruir por Herodes, debía ser magnífico, sin duda. La admiración de propios y extraños. Así lo resalta el Evangelio.

Fue el momento que Jesús aprovechó para decirles: *Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida.* Podemos imaginar la sorpresa que tal aseveración causó en los oyentes. Así que, le preguntan a Jesús: *Maestro, ¿cuándo va a ser eso?,*

¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder? Jesús contesta que no se preocupen, que no va a ser enseguida, ni que se dejen engañar cuando venga alguien usurpando su nombre.

Sabemos, por la historia, que la destrucción del templo de Jerusalén aconteció el año 70 d.C. cuando el emperador Vespasiano encargó a su hijo Tito sofocar la violenta revuelta que desde hacía cuatro años sacudía Judea. El año 66, los judíos se creyeron capaces de expulsar a los invasores romanos. Midieron mal sus fuerzas, se alzaron en armas contra los romanos. El resultado, una derrota dolorosa que, para colmo de males, terminó con la destrucción del templo.

Cuando se produce una guerra, las consecuencias son inimaginables. Puede ocurrir, y ocurre, que el conflicto se vuelva también interno. Dentro de los derrotados, no faltará quien se revuelva contra sus propios dirigentes, y que esto lleve a enemistades dentro de la propia familia.

No obstante, en este pasaje Jesús no habla de que sea precisamente la guerra la causa de los enfrentamientos dentro de la familia. Se refiere más bien a sí mismo: *hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre.* Lo había profetizado el santo anciano Simeón: *Este niño está destinado para ser caída y resurgimiento de muchos en Israel; será signo de contradicción, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones*. Jesús está asumiendo plenamente las palabras proféticas del santo anciano. Con lo cual, al anunciar la destrucción del templo, *Jerusalén será pisoteada por gentiles,* también está insinuando su propia destrucción en la cruz. Pero, al mismo tiempo, su triunfo definitivo: *Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria. Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación.*

Añadamos: Y, sus palabras, que señalan la tarea que debemos cumplir: *Esto os servirá de ocasión para dar testimonio.*

En definitiva, Jesús anuncia, por partida doble, la destrucción del templo, año 70, y la suya propia, que sucederá años antes. Hay otro pasaje, más explícito aún, cuando, estando precisamente en el templo, dirá a los judíos: *Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*. Se refiere, naturalmente a su resurrección.

Mientras tanto, nos manda, literalmente, que demos testimonio a su favor. La historia, y nuestra responsabilidad, quedan como testigos de nuestro compromiso.

4/3- Al amanecer del domingo

Pasaje bíblico

El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y, entrando, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas quedaron despavoridas y con las caras mirando al suelo y ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, cuando dijo que el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar». Y recordaron sus palabras. Habiendo vuelto del sepulcro, anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. Eran María la Magdalena, Juana y María, la de Santiago. También las demás, que estaban con ellas, contaban esto mismo a los apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron. Pedro, sin embargo, se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose, ve solo los lienzos. Y se volvió a su casa, admirándose de lo sucedido.

(Lc 24,1-12)

Reflexión

La Iglesia tiene una fecha específica para celebrar a todos los fieles difuntos. Es el 2 de noviembre. Ese día, comenzando por el día anterior, y con más afluencia por ser festivo el día de Todos los Santos, la gente acostumbra visitar los cementerios. No porque los cementerios tengan un atractivo especial, sino porque en ellos reposan los seres queridos. Acudir ante la tumba para llevarles unas flores es un signo de cariño, y de agradecimiento. Muchos tenemos que agradecer a quienes nos precedieron. Las flores tienen vida y belleza. Son delicadas y hermosas. Todo un símbolo de la vida que deseamos y esperamos que tengan nuestros difuntos en el paraíso. Y oramos por ellos. ese padrenuestro, rezado con fervor, es nuestra mejor comunicación con ellos. Los muertos merecen nuestro respeto, cariño y, ¡cuántas veces!, admiración.

Hay en la historia un *muerto*, que quedará inmortalizado por los siglos de los siglos. Aunque la tumba no guarda sus restos. Un muerto que vive eternamente. Se trata de Jesús, el Hijo de Dios, hecho Hombre para salvarnos. *Fue crucificado, muerto y sepultado, pero al tercer día resucitó.* Con estas pocas, pero muy significativas palabras, resume el Credo el contenido fundamental de nuestra fe.

El Evangelio narra la escena de modo conmovedor: *El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado.* Era domingo, primer día de la semana para los judíos. El viernes habían crucificado a Jesús. Del amor verdadero surgen las lágrimas más sinceras, y éstas, a su vez, impulsan el amor. Han madrugado las buenas mujeres y van deprisa al sepulcro. Llevan aromas. Quizá por perfumar la tumba. Quizá por ungir el cuerpo de Jesús. Lo cual era posible, ya que la tumba era una concavidad que se cerraba rodando una piedra grande en forma de rueda. La sorpresa fue mayúscula. El susto también. La piedra estaba corrida, y el muerto desaparecido.

En esto, se presentan dos figuras refulgentes: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado.* Fue el primer anuncio de que Jesús estaba vivo. La noticia en exclusiva del día.

La noticia corrió como la pólvora. Las mujeres fueron a toda prisa a comunicárselo a los apóstoles. Algunos debieron pensar que se trataba de una enajenación nerviosa y pasajera de las mujeres. Era natural, estaban profundamente estresadas. Y no las creyeron. *Pedro, sin embargo, se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose, ve solo los lienzos. Y se volvió a su casa, admirándose de lo sucedido.* ¿Por qué a su casa? Porque recordó sin duda las palabras de Jesús: *El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar.* Podemos imaginar a Pedro llorar de emoción. Ahora lo comprendía todo. Y, seguramente le vinieron a la mente las palabras que un día le dijo a su Señor: *Apártate de mí, que soy un pecador*.

Ahora sí que el domingo va a ser el primer día de la semana, no solamente para los judíos, sino para el mundo entero. El comienzo de un nuevo amanecer. El comienzo de una nueva Vida. El Domingo, el Día del Señor.

Se han cumplido las profecías. Es la Pascua del Señor. ¡Aleluya! Testigos de la gran noticia, las mujeres, mensajeras de la fe y el amor. Eran: *María la Magdalena, Juana y María, la de Santiago.*

4/4- Portadores del mensaje

Pasaje bíblico

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto». Y los sacó hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo. Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

(Lc 24,45-53)

Reflexión

Todas las naciones tienen Embajadores en las demás naciones. El embajador es presencia simbólica de la nación a la que representa. Está encargado de promover y mantener las buenas relaciones entre ambos países. Su presencia es importante también para el intercambio comercial y cultural. Si surgen conflictos, los embajadores juegan un papel primordial para remediarlos. Son, por consiguiente, mediadores de paz. Aportan lo que su país puede ofrecer, y reciben lo que el país anfitrión ofrece en el intercambio. De esta manera, las naciones de la tierra pueden guardar una armonía necesaria para salvaguardar la paz mundial. También la Santa Sede tiene sus representantes. En este caso, en vez de Embajadores se les denomina Nuncios. Es este caso, hay un factor más a considerar. Se trata del tema religioso, ya que en el mundo existen diversas religiones. Y es importante que haya entendimiento y armonía de todas las religiones entre sí.

Jesús no nombró embajadores ni nuncios. Pero hizo algo más importante aún. Mandó a sus discípulos que fueran al mundo entero para llevar el Mensaje de la Salvación: la Buena Nueva del Evangelio. Jesús no obliga a nadie a aceptar su mensaje. Simplemente, ofrece. Porque es un mensaje de amor. Sólo el amor garantiza la paz.

Pero antes de enviarlos, *les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.* De este modo, Jesús quiere que tengan la seguridad de que él no es un líder de tantos como hay en el mundo. Es el Mesías, el Redentor. *Vosotros sois testigos de esto.* Les cita las Escrituras: *Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén.* Les habla, pues, de su resurrección.

Hay que tener en cuenta que el pasaje que nos ocupa transcurre después de que Jesús hubo resucitado. Y bien, está a punto de irse a los cielos. Pero seguramente, aún quedaban discípulos que no veían las cosas con claridad. Por eso, tras citarles las Escrituras que hablan de su resurrección, les abre el entendimiento. Habiendo sido testigos de la muerte de Jesús en la cruz, y, viéndolo ahora vivo, pocas, mejor dicho, ninguna duda les podía quedar al respecto. Y por eso, añade: *en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos.*

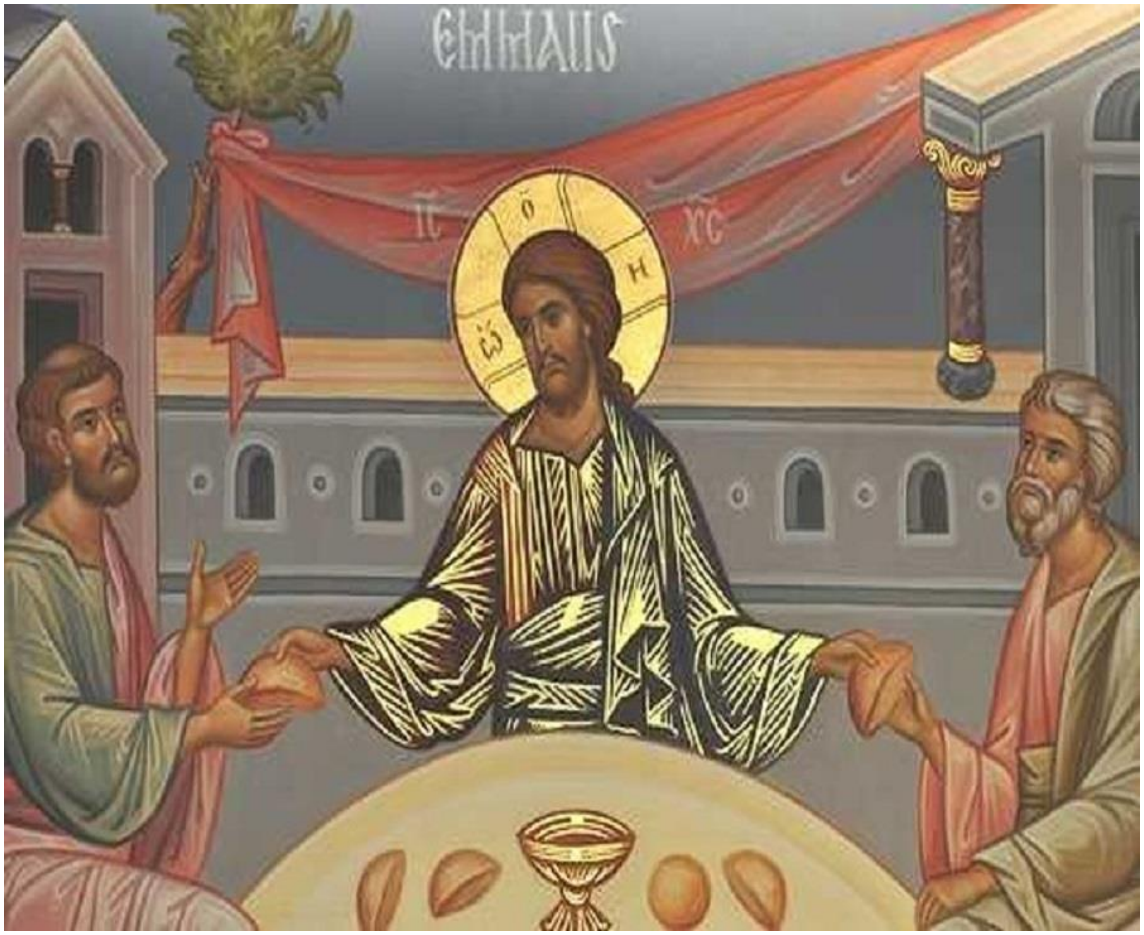
Y bien, aunque san Lucas termina su evangelio en este capítulo 24, y, a diferencia de san Mateo o san Marcos, no habla del *id por el mundo entero y proclamad el Evangelio*, la conclusión viene a ser la misma. Porque si hay que proclamar la conversión a todos los pueblos *comenzando por Jerusalén*, el envío está implícito. Y es en este momento cuando los lleva a Betania y, *mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo.* Jesús ha cumplido su misión. Éxito total. Ahora nos toca a nosotros entrar en escena. Somos sus embajadores.

La Ascensión de Jesús al cielo no pone fin a su presencia entre nosotros, sino que es el comienzo de una nueva forma de estar con nosotros. La Ascensión marca el término de la misión terrena de Jesús, y el comienzo de la misión de la Iglesia, la cual debe continuar la labor de Jesús. Venimos de Dios y a Dios volvemos. Mientras tanto, nuestra misión en la tierra es fascinante: llevar su Mensaje de amor y salvación por todo el orbe, como sus afortunados Embajadores.

Pero, no iremos ni estaremos solos. Él estará siempre con nosotros, en su Iglesia, en su Palabra, y, sobre todo, en el Sacramento central de nuestra fe: la Eucaristía. Jesús nos ha abierto el camino del Reino. Somos sus seguidores. Se ha hecho encontradizo en el camino de nuestras vidas, como un día se hizo encontradizo con los discípulos de Emaús. Y aceptó la invitación que le hicieron de quedarse a cenar con ellos.

3ª parte

JESÚS NOS ESPERA EN EL CIELO



Jesús acepta cenar con los discípulos de Emaús

Capítulo único

BANQUETE DE VIDA ETERNA

1- Cena de fraternidad

Pasaje bíblico

Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: «Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios». Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía». Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. Pero mirad: la mano del que me entrega está conmigo, en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!».

(Lc 22,14-21)

Reflexión

La belleza de la vida humana se manifiesta de múltiples maneras. Una de estas manifestaciones es la alegría. ¿Hay algo más entrañablemente social que la alegría? La alegría es comunicativa. Alegría llama a alegría. Quizá donde mejor se aprecie el valor social de la alegría es en los banquetes. Pongamos por caso un banquete de bodas. La gente lo pasa bien. Y, rápidamente el ambiente cobra un color festivo. Así, el banquete es siempre el punto central de cualquier evento celebrativo, familiar o extrafamiliar. Un banquete es la liturgia de la vida.

Pues bien, Jesús, que nunca rehusaba la invitación a un banquete, en esta ocasión, él mismo hace de anfitrión. Quiere celebrar la Pascua con sus amigos. Necesita un lugar espacioso, apropiado, para una celebración así. Conoce una casa que cumple los requisitos adecuados. Y manda a Pedro y Juan que se hagan cargo de hablar con el dueño de la casa donde quiere celebrar esta cena. Invita a todos sus más íntimos amigos, los apóstoles. Y, aunque el Evangelio no lo dice, no cabe duda de que alguien se encargó de que hubiera buenas cocineras para la ocasión. Jesús no quería que faltara ningún detalle. Era su Cena. Sabía que un banquete de gala lleva mucho trabajo. Plato principal, cordero al horno. Y llega la hora concertada. Están todos. No falta nadie. *Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él.*

Mientras se sirven los entremeses, y se va entrando en ambiente, se habla de cualquier cosa intranscendente. Es en este momento cuando Jesús toma la palabra y les dice: *Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios.* Me figuro la cara de extrañeza que los apóstoles debieron poner. ¿Qué entendieron de esta frase? Que una cosa es entender las palabras, y otra, el contenido de las mismas. Eso de *padecer*, y eso de, *el Reino de Dios*, no debió de quedarles muy claro. ¿Quién conoce el futuro? ¿Y hablar de padecimientos en un banquete? Como que no cuadra.

Siguieron trinchando y saboreando el rico cordero asado. Estaban en lo mejor del banquete, cuando Jesús vuelve a intervenir. Se levanta, llena una jarra de vino y, luego, desde ella, un cáliz. *Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios.* Aún no era la hora del brindis, pero les invita a todos a paladear el vino. Me imagino que se miraron unos a otros. Estaban cenando muy a gusto, pues que siga corriendo el vino. Estaban alegres. Estaban contentos. Que para eso son los banquetes, para pasarlo bien y estar contento.

Resulta que, a continuación, hace lo mismo con el pan: *Tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía.*

De nuevo, cabe preguntarse: ¿Entendieron eso de *esto es mi cuerpo*? Lo de dar gracias, sí. Los judíos son gente piadosa que expresa su agradecimiento a Dios a cada momento. Pero aquí los detalles son muy importantes. Dio gracias, partió el pan, y lo compartió. Y luego: *haced esto*

en memoria mía. Se convierte así, este banquete, en un banquete de eternidad.

Todo esto sucede durante la cena. Estaban llegando al final, y, en ese momento, nuevamente Jesús toma la copa de vino: *Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.* ¡Con qué claridad se expresó Jesús! No dejó lugar a dudas. Pero el contenido real de sus palabras lo entenderían, en parte, el viernes, al derramar su sangre en la cruz. Y de modo total, a partir de la Resurrección. Pero esta cena, fue un momento tan sagrado que transciende a la eternidad. Acababa Jesús de instituir así la Eucaristía. Pan de hermanos. Pan de vida eterna.

Estaba resultando una cena inolvidable. Lo estaban pasando muy bien. Sin embargo, había un no sé qué. Algo raro flotaba en el ambiente. Jesús no quiso que quedaran sensaciones raras o extrañas: *Pero mirad: la mano del que me entrega está conmigo, en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!* Jesús fue explícito, se refería a Judas. Pero los apóstoles no estaban al tanto de los sucios negocios que Judas se traía entre manos. Ya se había apalabrado con los sacerdotes para traicionar y entregar a Jesús. ¡Por treinta monedas! De modo que, no captaron las palabras de Jesús. De otro modo, ¡menuda la que se hubiera armado!

Más allá de toda exégesis, una aplicación conclusiva podemos sacar de este pasaje. Jesús entrega su vida por todos. Se nos da en alimento espiritual por medio de la Eucaristía. Pero no admite profanación alguna de algo tan sublime. La Eucaristía se convierte así en una toma de conciencia para toda la humanidad. Deja en evidencia el bien y el mal, la gracia y el pecado. El *¡ay de aquel hombre por quien es entregado!* va más allá de Judas. Nos pone a todos en guardia. Que no olvidemos que estamos invitados al banquete de la eternidad.

2- Perder es ganar

Pasaje bíblico

Una vez que Jesús estaba orando solo, lo acompañaban sus discípulos y les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?». Ellos contestaron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros dicen que ha resucitado uno de los antiguos profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro respondió: «El Mesías de Dios». Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Porque decía: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día». Entonces decía a todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará.

(Lc 9,18-24)

Reflexión

En general, a todos nos gusta que la gente tenga buena opinión de nosotros, que nos estimen, que nos valoren. La autoestima es importante en la vida. Seguramente que también habrá personas que pasen, o no les importe lo que la gente piense de ellos. Como habrá igualmente personas que busquen acaparar pantalla, salir en todos los telediarios. No es precisamente un valor ese afán de protagonismo que, por lo general, corresponde a un complejo de inferioridad sublimado.

Centrándonos en este pasaje evangélico, tenemos que el mismo Jesús muestra interés por saber qué piensa la gente de él. Había estado orando. Al terminar pregunta a sus discípulos: *¿Quién dice la gente que soy yo?* ¿De veras estaba Jesús interesado en saber qué pensaban de él? Ciertamente, no. De sobra sabía él lo que había en el corazón de cada quién y qué se decía de él. La gente que había recibido curaciones, apoyo material o espiritual, sin duda que hablaban maravillas. Sus adversarios, por el contrario, tal como los escribas y fariseos, hablarían pestes. Basta ver cómo se le enfrentaban. Lo traían por la calle de la amargura. Es más, querían lincharlo.

Así pues, Jesús sabía de sobra lo que se hablaba de él, para bien o para mal. Pero si hace la pregunta, no es por desconocimiento de lo que se cuece en el ambiente. Va más allá. Quiere abrir la mente y el corazón de sus discípulos. Por eso, a la pregunta en cuestión acerca de los distintos comentarios que hay en el pueblo, y tras escuchar la respuesta: *Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros dicen que ha resucitado uno de los antiguos profetas,* lanza a sus discípulos, con la fuerza de un dardo, la pregunta más directa y comprometedora: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Debió de agarrarles desprevenidos. El silencio fue la respuesta. Es claro que no tenían una idea clara y definitiva sobre Jesús. De ahí, el silencio como respuesta. Menos mal que el bueno de Pedro, una vez más, sale al quite: *Pedro respondió: «El Mesías de Dios».*

A continuación, les prohíbe que este descubrimiento lo comuniquen a nadie. ¿Por qué? Es necesario que cada quien, de modo personal, descubra quién es Jesús, y lo siga. Nadie va tras un desconocido. Sobre todo, cuando la propia vida puede estar en juego. También les anuncia abiertamente lo que le espera: *El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día.* Quedan sabidos.

Quedan también sabidos de que, *Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga*. Jesús es claro. No se anda con medias tintas. No ofrece, ni pide, un ramo de rosas. Pone como exigencia para seguirle la negación de sí mismo. Ojo, no confundir *negación* con *aniquilación*. No pide la aniquilación de sí mismo. Sería absurdo, un sin sentido. Pide la negación. Es decir, ir contra corriente. En el mundo hay muchas cosas que pueden arrastrarnos con la fuerza de la corriente impetuosa de un río. Cosas que no nos llevan al bien. Pero la cruz del vencimiento de todo lo negativo que hay en nosotros nos lleva a la luz, a la salvación. Y termina Jesús: *pero el que pierda su vida por mi causa la salvará.* Entendemos que se trata, en primer lugar, del desprendimiento del bagaje que nos impide salir a flote cuando nos estamos ahogando, por las causas y circunstancias que sean. Pero se trata, sobre todo, de perder literalmente la vida por Jesús, llegado el caso. Y ahí tenemos, como testigo luminoso para la historia, el testimonio de miles y miles de mártires, que han entregado su vida por Jesús, lo mismo que Jesús entregó su vida por todos nosotros.

Somos afortunados los cristianos por tener la suerte de poder ser seguidores de Jesús. Por alimentarnos de la Eucaristía. Por pertenecer a su

Iglesia, *sacramento de salvación*. Y, en definitiva, por pertenecer a una familia universal donde todos, al dirigimos a Dios le decimos: *Padre nuestro que estás en el Cielo, santificado sea tu Nombre*.

Precioso, como todos, este pasaje evangélico, que nos indica con total claridad que *perder es ganar*. Somos viajeros, nuestra meta final es Dios.

3- El triunfo definitivo

Pasaje bíblico

El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido». Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso»

(Lc 23,35-43)

Reflexión

Dice un refrán que, *quien ríe de último ríe mejor.* Quién sabe. Tal vez sea porque el último se ha quedado solo, sin competencia. En fin, salvadas las distancias, vayamos a algo muy serio y concreto, pero que, efectivamente, acontece de último. Se diría que quien es ajusticiado en una cruz lo ha perdido todo. En el caso de Jesús, clavado y muerto en la cruz, pareciera que ese era su final definitivo. Que su predicación, su mensaje, sus obras, todo, se había ido al garete. Todo había terminado. Pues no. Todo lo contrario.

Veamos. Está Jesús clavado en la cruz. Según sus acusadores era un malhechor. Y, en esa situación, lejos de respetar a alguien que está agonizando en una cruz, se burlan de él. *Los magistrados le hacían muecas diciendo: A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.* Según el refrán aludido, los magistrados en cuestión ríen de último. Pero es la risa de los estúpidos. Son ellos los que lo han perdido todo. Hasta los soldados se burlaban de Jesús ofreciéndole vinagre. *Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.* Ellos, los soldados, siendo romanos, es natural que no conocieran a Jesús. O que tuvieran de él referencias sólo de oídas. Y por lo mismo, pronuncian la palabra *rey*, ajenos

a que estaban dando la mejor definición del gran triunfador sobre el pecado y la muerte. Pero es más seguro que lo trataran irónicamente de rey por el letrero que Pilato mandó colocar en la cruz: *Este es el rey de los judíos.*

Mientras tanto, un diálogo muy diferente tenía lugar en la misma cruz. Mejor dicho, de cruz a cruz. Tres eran los crucificados. Jesús y dos bandidos. Uno de ellos, también se mofaba de Jesús. El otro, al que cabe calificar como triunfador, que *ríe mejor,* siguiendo el refrán, estando en medio de sus atroces sufrimientos, consciente de que moría sin remedio, le dice a Jesús: *Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.* Y la respuesta inmediata: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* También éste ha pronunciado la palabra *reino*. Jesús, en la respuesta, dice, sin embargo, *paraíso*. Porque es el punto final de llegada, a donde llegan únicamente los vencedores.

Ahí tenemos, pues, a Jesús como el gran triunfador. Al que, tanto judíos como romanos han calificado irónicamente de rey, ha resultado ser realidad. En el diálogo con Pilato, cuando éste le pregunta a Jesús si es rey, Jesús le contesta: *Soy rey*. No dice *soy el rey*.

Naturalmente que *Jesús es rey*. Rey de los que no acumulan riquezas materiales en la Tierra. Rey de los que no comulgan con la violencia. Rey de los que cumplen las bienaventuranzas, como es el ser misericordiosos, ser limpios de corazón, trabajar por la paz, etc.

Y, añadamos para finalizar esta reflexión: Jesús es *Rey* de los que se reconcilian con el hermano antes de ir a orar, de los que perdonan *setenta veces siete*, de los que no hacen a los demás lo que no quisieran que otros les hiciesen a ellos. En el Reino de Jesús las cosas suceden al revés que en los reinos de la tierra. Suceden desde dentro, es decir, por conversión. Suceden desde abajo, es decir, desde el servicio a los demás, no desde el poder. Para el Reino de Jesús, el primer puesto es para el que más sirve. No para el mejor dotado, sino para el más necesitado. El Reino de Jesús se rige por los criterios de Dios Padre, que es Amor, que es Misericordioso. Por eso Jesús nos invitó a que le pidamos al Padre: *Venga a nosotros tu Reino*. Y también nos dijo: *Buscad primero el Reino y su justicia y lo demás se os dará por añadidura.* El Reino del Padre es el Reino de Jesús, donde nos tiene reservado un lugar.